

Vida universitaria y leyendas de la biblioteca

I CERTAMEN LITERARIO
DE NARRATIVA BREVE

 **BibliotecaUca** 

LIBRO DE BIENVENIDA



UCA

Universidad
de Cádiz

Vida universitaria y leyendas de la biblioteca

I CERTAMEN LITERARIO
DE NARRATIVA BREVE

BibliotecaUca

LIBRO DE BIENVENIDA



Universidad
de Cádiz

Servicio de Publicaciones

© Biblioteca de la Universidad de Cádiz, 2013

© Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz, 2013

© De cada capítulo su autor

Edita: Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cádiz

C/ Doctor Marañón, 3 - 11002 Cádiz (España)

www.uca.es/publicaciones

publicaciones@uca.es

Depósito Legal: CA 293-2013

Diseño de cubierta: Rafael Galán

Motivo de interior: Miguel Álvarez Delgado

Maquetación e impresión: Santa Teresa Industrias Gráficas, S.A.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra»



Esta editorial es miembro de la UNE, lo que garantiza la difusión y comercialización de sus publicaciones a nivel nacional e internacional

ÍNDICE

Dedicatoria	7
Presentación	9
Francisco Sánchez Torres	
Un lugar para cada libro, cada libro en su lugar	11
Jesús Román Sánchez	
Las bibliotecas también tienen corazón	29
Pedro Álvarez Díaz	
Una pasión rebosante	47
David Hernández Ortega	
Una clase lejos del aula	73
Luis Miguel Robledo Vega	
El libro vital	89

PRIMER PREMIO

Francisco Sánchez Torres. *Grado en Filología Clásica y Estudios Ingleses*

SEGUNDO PREMIO

Jesús Román Sánchez. *Grado en Criminología y Seguridad*

ACCÉSITS, en orden alfabético

Pedro Álvarez Díaz. *Grado en Medicina*

David Hernández Ortega. *Grado en Filología Hispánica*

Luis Miguel Robledo Vega. *Grado en Filología Hispánica*

**El jurado del I Certamen de Narrativa Breve “Biblioteca UCA”
ha estado formado por los siguientes miembros:**

Presidenta

Ana Bocanegra Valle. *Directora del Servicio de Publicaciones de la UCA y profesora titular de universidad de Filología Inglesa de la UCA*

Vocales

Ricardo Carrero Galofré. *Coordinador del Comité de Responsabilidad Social y Técnico de Gestión de Recursos de Información del Área de Biblioteca y Archivo*

Carmen Orcero Domínguez. *Escritora y licenciada en Historia y Máster en Archivística*

Manuel Ramos Ortega. *Escritor y catedrático de universidad de Literatura de la UCA*

Francisca de Saro García. *Directora del CEIP Giner de los Ríos y profesora de Enseñanza Primaria*

Nieves Vázquez Recio. *Escritora y profesora titular de universidad de Literatura Española de la UCA*

Secretaría y custodia documental

Ricardo Chamorro Rodríguez. *Director del Área de Biblioteca y Archivo de la UCA*

Guillermo Ruiz Domínguez. *Técnico especialista de la Biblioteca de la UCA*

In memoriam

A Pilar Sánchez García, bibliotecaria y compañera de libros,
quien ya forma parte de nuestra leyenda

The background features a light gray circular graphic. At the top center is a hot air balloon with a basket, where the balloon's envelope is filled with small, illegible text. Below the balloon are two sailboats, also with text-filled sails. Surrounding these elements are the names of various countries in a light gray, sans-serif font, arranged in a circular pattern: PRAGUA, PORTUGAL, URUGUAY, ESPAÑA, COLOMBIA, NICARAGUA, BRASIL, EL SALVADOR, PERU, ECUADOR, MÉXICO, ESTADOS UNIDOS, ARGENTINA, and CHILE. The word "Presentación" is printed in a bold, black, serif font, centered over the graphic.

Presentación

Estimado alumno, estimada alumna:

Espero que disfrutes con la lectura de este libro que, a modo de bienvenida, te ofrecemos al incorporarte a la Universidad de Cádiz. En su interior vas a encontrar cinco relatos escritos por alumnos de nuestra Universidad, que te describen la vida en ella y su vinculación con la biblioteca, como centro de apoyo a la formación y a la investigación.

El libro que en este momento tienes en tus manos, reúne los relatos ganadores del «I Certamen Literario de Narrativa Breve» promovido por la Biblioteca de la UCA y que cuenta con la colaboración de nuestro Servicio de Publicaciones, así como con la inestimable contribución de Quorum Libros.

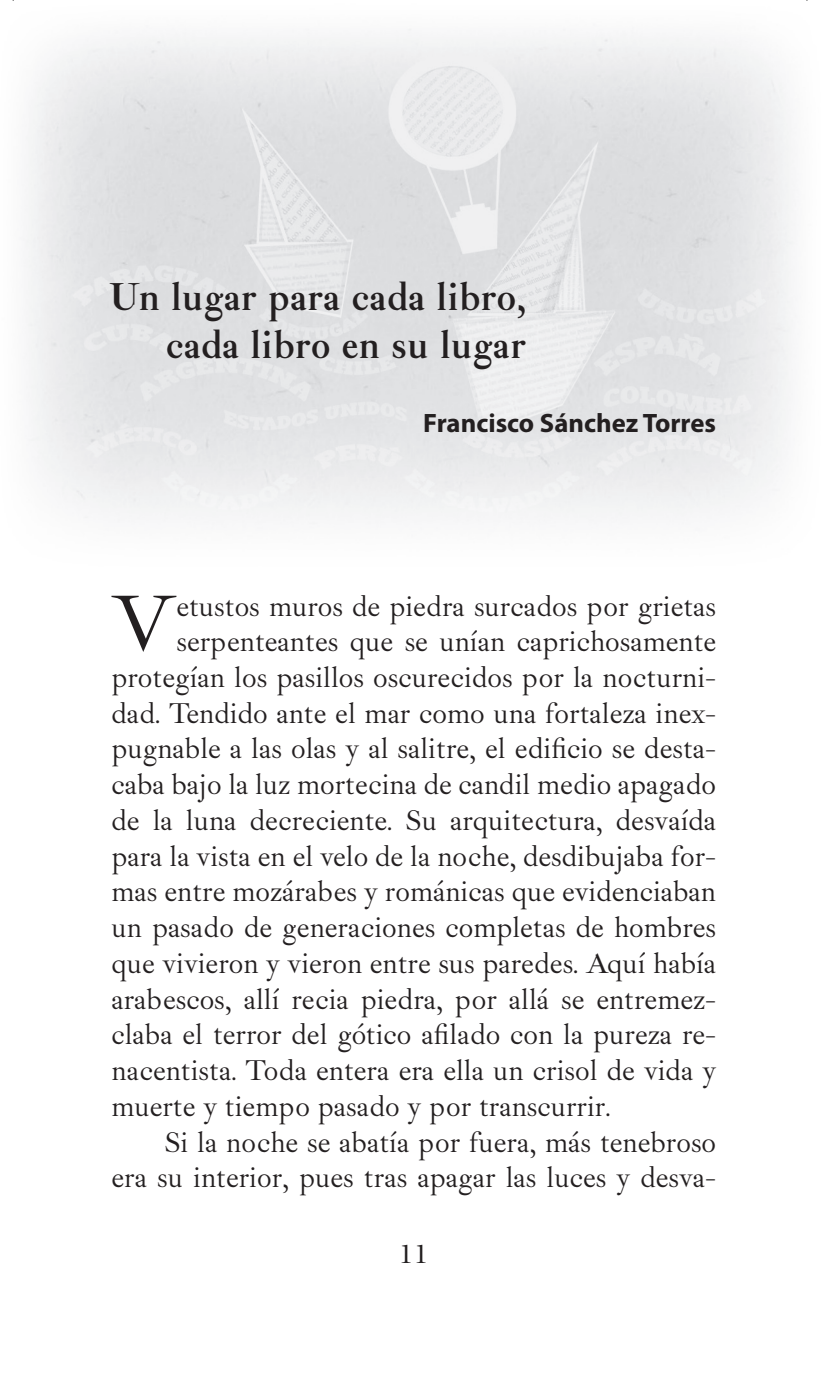
Muchos de los temas que vas a encontrar entre sus páginas, parten de determinadas circunstancias y experiencias por las que, alguna que otra vez, todos hemos pasado: el inicio de los estudios universitarios, las nuevas relaciones que se traban, los exámenes, las anécdotas académicas, antiguas leyendas... y muchas otras historias que, como estudiantes universitarios, hemos experimentado e incluso, en alguna ocasión, hemos escrito en algunas cuartillas tratando de retener alguna vivencia, reflexión o sentimiento.

Mi agradecimiento a los promotores de este certamen, a quienes han formado parte del jurado y, sobre todo, a los autores de los relatos seleccionados, así como a todos los participantes, con la esperanza de que el talento que muestran estos jóvenes escritores de nuestra universidad en sus relatos te animen e inspiren a iniciarte en este mundo también a ti.

Te deseo lo mejor en esta andadura que comienzas y te manifiesto nuestro compromiso firme con una Universidad pública y de calidad.

Un abrazo,

Eduardo González Mazo
Rector Magfco. de la Universidad de Cádiz



Un lugar para cada libro, cada libro en su lugar

Francisco Sánchez Torres

Vetustos muros de piedra surcados por grietas serpenteantes que se unían caprichosamente protegían los pasillos oscurecidos por la nocturnidad. Tendido ante el mar como una fortaleza inexpugnable a las olas y al salitre, el edificio se destacaba bajo la luz mortecina de candil medio apagado de la luna decreciente. Su arquitectura, desvaída para la vista en el velo de la noche, desdibujaba formas entre mozárabes y románicas que evidenciaban un pasado de generaciones completas de hombres que vivieron y vieron entre sus paredes. Aquí había arabescos, allí recia piedra, por allá se entremezclaba el terror del gótico afilado con la pureza renacentista. Toda entera era ella un crisol de vida y muerte y tiempo pasado y por transcurrir.

Si la noche se abatía por fuera, más tenebroso era su interior, pues tras apagar las luces y desva-

necerse casi toda alma de sus estancias, los corredores se sumieron en la pena melancólica y triste del niño que ve irse a sus amigos. Los altos techos, hasta aún más arriba llenos de telarañas; los alzados estantes, polvorientos hasta la saciedad en sus más altos estratos; las lámparas, habitáculos de arañas y otros animalillos. Y nada se escuchaba, salvo el roer y el crujir propio de la achacosidad avejentada circundante.

Y nada se escuchaba, salvo pasos lentos y acompasados, de alguien que allí quedaba, alguien que siempre estaba cuando el mundo dormía. Entre los anaqueles recubiertos de la piel muerta que desprendían los muros, se deslizaba un carrito de madera clara, hasta ahora el objeto más nuevo que un observador pudiera hallar. Tras este se situaba un hombrecillo, encorvado y arrugado, con manos surcadas de venitas azules que eran vías romanas destinadas a un mismo lugar, que bombeaba lento y cansado. Sus ojos eran pupilas dilatadas por su constante pasear entre las cortinas del oscuro silencio, y sus párpados, persianas casi bajadas, pesados se abrían y cerraban en un eterno pestañear de letras y tomos y volúmenes y títulos. Un resuello entrecortado de esfuerzo se escapaba de su garganta moteada por las manchas de la edad. Sin embargo, este anciano se movía con celeridad y pesadez al mismo tiempo, mientras musitaba los títulos que leía y hablaba consigo mismo al ritmo del traqueteo de su carrito.

«Un lugar para cada libro, cada libro en su lugar». Su letanía se deslizaba entre los recovecos de su mente, mientras ordenaba, mientras no hacía otra cosa sino devolver cada pieza al lugar que le correspondía en este enorme puzzle. Repasaba cada volumen, lo acariciaba, recorría sus páginas quebradizas con dedos cristalinos, y observaba y memorizaba cada uno de los detalles que aparecían en su cubierta, ni él mismo sabía con qué fin. Conocía cada obra allí contenida con precisión, no solo cómo era exteriormente, sino también interiormente. En efecto, había leído todo lo que había caído en sus manos, que no era poco, porque ya desde su juventud surcaba los pasillos de la anciana biblioteca que, con el tiempo, había transmitido su ancianidad al guardián de su orden natural. Era una paradoja en su opinión, pues lo único que le dio la vida había absorbido todo aquello que en un tiempo le fue entregado. No obstante, su felicidad era más que evidente, era su modo de vida.

Se detuvo ante un portentoso estante, decorado con efigies ferrosas de plantas y ramas que se entrelazaban en una danza tan delicada como la que ejecutan a la vez la espuma y el mar bajo la atracción del pálido astro lunar. Allí rezaba un letrero algo emborronado por el tiempo, pero él ya sabía qué habría de contener.

Cogió de su fiel carrito un tomo forrado en piel azul, con motivos dorados, de líneas que titilaban bajo el fulgor de la oscuridad en forma de en-

redadera, de hiedras que al tiempo dibujaban formas que se asemejaban a las de los dioses griegos o romanos, o quizás se parecía a aquella escultura de Apolo y Dafne. Sencillas rectas, sin embargo, recorrían su lomo y concluían en un recuadro que enmarcaba unas palabras que él conocía tan bien. Recordaba en ese momento la belleza contenida en aquel libro, la belleza en general de cualquier escrito dispuesto a perdurar, la importancia de su mensaje, fuere cual fuere. Para este anciano su tesoro apreciado era su memoria, y entendía que los libros eran los recipientes de las memorias de otro tiempo, lugar o persona. Por ese motivo precisamente bebía de los libros, engullía sus palabras y sus narraciones, sus poesías, sus enseñanzas. Descubrió un día de su juventud que la lectura era, además de un placer, un mundo, en ocasiones secreto, donde la vida no estaba ceñida a reglas naturales o materiales, donde la misma fuerza natural estaba sometida finalmente al hombre, con todas sus consecuencias. Como él solía decir, no necesitaba dormir para soñar, le bastaba con sumergirse en sus libros.

Una vez dejó el azulado volumen en el estante que le correspondía, se giró y volvió a su carrito. Reanudó su periplo por los pasillos desprovistos de luz y calidez, mientras tarareaba una ligera melodía que pareció alegrar las esquinas llenas de tinieblas y llenar de calidez aquellos lugares inundados por la frialdad de la noche.

Había transcurrido un rato de incesante camino por el edificio, entre hileras de estantes, armarios, repisas, mesas de trabajo y bancos. Por aquí y por allá andaba incansable el guardián del orden recogiendo lo que los exiguos visitantes habían abandonado en cualquier lugar. Reconocía que en aquella época pocos eran los que se entretenían y mucho menos se perdían entre aquellos corredores llenos de pensamientos, de sentimientos impresos en páginas ya condenadas al olvido. Recordaba cuando la biblioteca bullía en actividad, una actividad silenciosa por el ensimismamiento del que se entregaba a lo allí contenido en cuerpo y alma. Ahora apenas llenaban todas las mesas, y aquellos que venían, excepto algunos, no guardaban demasiado cariño a los libros que utilizaban, a juzgar por cómo los dejaban sobre las mesas o, en algunos casos, lo rotos que aparecían.

A él lo entristecía sobremanera cuando encontraba un volumen ajado y con alguna tapa arrancada, un escalofrío lo recorría, una tristeza se adueñaba de su alma y contemplaba los restos del crimen sin condena con el dolor del que pierde un buen amigo. Para este anciano cada libro destrozado era una vida arrancada, un grito en el silencio de la indiferencia, tinta derramada como la sangre de una herida.

Su ensoñación se interrumpió cuando se apareció ante él un fenómeno de lo más extraño, un espejismo en mitad de aquel desierto sin vida, un

gato. Detuvo su avance y contempló al animal. Su cuerpo, arqueado como la curva perfecta de una duna, describía un semicírculo sinuoso, elegante y serpentino, ligero como una pluma. Su pelaje azabache absorbía la oscuridad de la noche y toda luminosidad que pudiera haber, incluso la tibia luz del carrito pareció temblar y vacilar ante el imparable avance del haz oscuro del felino. Sus ojos eran lo único que parecía tener luz propia en aquella habitación, con unos iris de un inexplicable color grisáceo, o plateado, o alabastro, indescriptibles. Su mirada parecía atravesar todo aquello que tuviera en su camino.

El férido se atusó los bigotes como puñales plateados que tenía y abrió la boca, como si fuera a maullar, y no emitió sonido alguno, se giró y desapareció en una intersección. El anciano lo siguió con la intención de echarlo de allí, no fuera a ser que atacara algún preciado libro, pero no conseguía seguirle el ritmo. En su persecución siempre veía la cola del animal tras una esquina, tras una estantería, pero no volvió a ver su cuerpo completamente. Al final, parecía que el animal había errado en su huida y acabó en un pasillo sin salida al otro lado, pero cuando el anciano llegó, no había ni rastro del felino. Tal vez se lo había imaginado todo.

Se paró a contemplar los anaqueles que tenía ante sí, y sacó un nuevo libro. Este estaba forrado en piel negra, tan negra como había sido el pelaje del gato que le pareció ver que había, y sus líneas

plateadas formaban la silueta de un felino en sencilla pose, muriendo las curvas en sendos círculos de plata pura en medio de la oscuridad, con una mirada que atravesó el alma del viejo. Un escalofrío lo recorrió y decidió dejar con presteza el frío tomo, sin embargo, lo pensó mejor y lo acarició, sonrió y retomó su tranquila cancioncilla.

Así paseaba este hombre, entregado a sus ensoñaciones, a sus recuerdos y a sus libros. Al reconocer cada rincón, recorría sin vacilar su camino, dejando cada libro en su lugar, encontrando el lugar de cada libro. Disfrutaba con su trabajo, y su odisea incansable se le antojaba un viaje de vuelta a lugares que eran su hogar.

«Un viaje de vuelta...», pensaba mientras continuaba el camino y proseguía con su tonada. Un viaje de vuelta era lo que necesitaba, se dijo mientras colocaba otro libro. Sin embargo, repentinamente algo lo distrajo, una melodía que ascendía lúgubre, como un eco de otro tiempo. Era una voz entre meliflua y grave, entre elevada y musical, que tejía palabras olvidadas entre las hebras suaves y exiguas del velo de la oscuridad, mientras el arpa tañía su tono a través de la piedra del edificio. Enarcó una ceja, como irritado ante el sonido en la oscuridad, y se apresuró por los pasillos. Dobló el recodo y encontró el origen de la hechicera canción.

Al punto se le estremeció el espíritu agitado por una ventolera que sacudió su cuerpo con gran violencia, se le soltaron los pies del pétreo suelo y se

enzarzó en batalla contra el poder huracanado que lo envolvía. Gritaba, pero el mundo se desgajaba y deshacía como fino humo o velo sedoso dando paso a una blancura o una nada que se le antojaba onírico lugar. Se movió a un lado, y a otro, y no encontró nada, absolutamente nada, un vacío que absorbía su entidad, su esencia apabullada por el espectáculo desatado de destrucción. Pero, tal y como empezó, el silencio se apoderó del etéreo lugar. Incómodo se removió, no sabía ni entendía qué había pasado, pero allí estaba. Le recorrió el cuerpo una sensación extraña. Oteó a la lejanía informe, sin éxito. Súbitamente escuchó de nuevo aquella voz, amplificadora, poderosa, espiritual, mística, con un influjo que recordaba a las olas del mar embravecido ante el calmoso cielo. Poseía una tonalidad equilibrada, sencilla, que enlazaba palabras, trenzaba versos, tañía un verbo singular, arcaico, un mensaje ya olvidado por el hombre.

Lo escuchó con atención, y no entendió las palabras, pero le transmitía un mensaje como por intervención divina. Su mente, bajo el influjo de la música, se transportó a otra era, y a través de los versos vivió la vida de grandes hombres cuyos nombres apenas fueron el gesto de una sombra en el tiempo para el mundo actual. Su cuerpo se relajó, su alma se liberó y una sonrisa tranquila surcó su rostro, como amparado por el bálsamo más puro. Entonces, cuando el canto se interrumpió, oyó la Voz.

¿Quién la podría describir? Un susurro de hojarasca barrida por la brisa de otoño, queda como el murmullo de la tela sedosa al tacto del suelo, sibilante como el acecho de la muerte. La Voz sacudió la mente del anciano, lo sobresaltó, supo que algo superior, un ente por encima de él mismo le hablaba. Un escalofrío surcó su arrugada espalda cuando la susurrante mescolanza de sonido y silencio que era la Voz habló.

«¡Viejo! —siseó— ¿Qué haces con tu vida? Paseas tus libros a un lado y a otro, los lees, los guardas, pero no vives. Tu vida yace sepultada bajo estas páginas descascarilladas, agrietadas, e incluso rotas. Dime, ¿qué es para ti vivir?»

La pregunta lo desconcertó, jamás había pensado en algo que no fueran sus amados mamotreos, sus preciosas páginas tan quebradizas como un soplo de aire. Su vida estaba ahí dentro, en aquella biblioteca desgastada por los años y la intemperie, en aquel lugar donde de día reinaba la soledad y de noche su hermana, la muerte. No podía pensar en un lugar más divino que aquel, donde cada libro era un manjar más exquisito que la ambrosía, un placer intenso como el más efímero y dulce como el más duradero. Eso era para él la vida.

«¡Necio! —la Voz había escuchado sus más íntimos pensamientos—. Eres un amargado, te has consumido aquí dentro. ¡Mírate! ¿Qué es lo que eres? Un saco de huesos, un árbol encorvado por los años, una flor que se agosta en sufrimiento. Sin

embargo, hoy es una noche especial, hoy tengo ánimo de darte una oportunidad, al igual que di a otros tantos como tú. Tienes dos opciones. La primera de ellas es recuperar tu juventud y tu fuerza, pero a cambio habrás de olvidar todo aquello que has leído, has de olvidar tus vidas ficticias para recuperar aquella real y legítima. La otra es seguir así, viejo y amargado, consumiéndote entre libros ajados y corredores polvorientos, lamentándote tras haberme conocido de no haber escogido la oportunidad preciosa que te ofrezco. Elige ahora».

¡Vaya elección! Podía volver a su juventud, podría viajar a otros lugares, conocer el mundo, y también podría sentir la vida como suya, no entregada a otro propósito. La contrapartida era que debía olvidar todo aquello que había vivido y que lo hizo sentir tan maravillosamente libre, tan maravillosamente fuera de este mundo, viviendo experiencias que no podrían ocurrir en el plano real. Mientras pensaba, notó que la música volvía, el dulce canto reinterpretaba su antigua canción. «Elijo la juventud» –susurró para sí.

Al momento la Voz lanzó un alarido de júbilo, como una espada victoriosa hendiendo el aire con su canción metálica. La música se desvirtuó y el hechizo cayó inerte, el mundo ensoñado se desgajó nuevamente y dio lugar al lóbrego pasillo donde se amontonaban el polvo y los años. Estaba en el suelo, y en el corredor solo reinaba la oscuridad y el silencio, la música yacía rota en un plano existencial al

que no podría volver a acceder ningún ser humano.

Volvió la mirada a su carrito de los libros, y extendió un brazo. Con la mano agarró el mueble y lo giró. Notó con su prodigiosa visión analítica que faltaba uno de los volúmenes, y rebuscó a su alrededor. Allí estaba, un barco dorado le sonreía contorneado sobre la tela rojiza. Miró el navío, y pensó en su contenido, ¿cómo podría olvidarlo? La respuesta acudió a él como un traidor susurro cobarde y nauseabundo.

Agarró el libro fuertemente entre sus manos arrugadas, y la piel se estiró y las venas se tensaron cuando empleó su fuerza para arrancar la tapa al libro. Un aullido de dolor y ultraje se escuchó por todo el edificio y el anciano asombrado descubrió que era su voz. Sin embargo, no cejó en su empeño, arrancó las tapas, desgarró las hojas, los versos se rompían, las palabras se separaban, los pequeños trocitos de las páginas caían como las lágrimas de un viejo que pierde la razón de seguir viviendo. Soltó el libro, que cayó exánime al suelo empapado de hojas rotas que se esparcían como sangre derramada.

Miró sus manos, notó la fuerza nueva que las recorría, como un impulso que hizo retroceder a las arrugas de su piel. Asombrado por el milagro, recorrió los pasillos con la mirada, y entendió que el trabajo sería arduo y doloroso, pero ganaría la juventud que ahora tanto ansiaba y sentía que se le había arrebatado. Si volvía a ser joven, viviría su

presente y su mundo, olvidaría aquel espejo traicionero de vidas que otros vivieron y que el revivía como suyas pero al final quedaban en una nada tan ostensible como el paso del tiempo.

Dirigió sus pies al carrito, y recogió de ahí un libro. Su bella piel color verde botella con la efigie de una copa se resquebrajó bajo sus tirones como si de mantequilla se tratase. Y otra víctima más dio con sus huesos de papel en el suelo, deshonrada y destruida. El viejo ya no lo era tanto, un poder inusitado lo recorría mientras rasgaba cada libro. Cada uno de estos gritaba en su interior, gemía y soltaba alaridos de puro terror mientras sus engarfiados dedos rasgaban con uñas aceradas el papel y la tapa, la tinta y la palabra. Sus ojos quedaron velados por una sombra oscura, su ambición de cumplir con su objetivo. Era imparable.

¡Si aquella biblioteca pudiera contar tal sensación indescriptible! Los pasillos estaban sembrados de restos de destrucción que semejaban cadáveres exangües, cuerpos yertos que con ojos vidriosos y tristes a la vez contemplaban un alrededor dantesco. Entre sus víctimas se erguía el verdugo. No quedaba rastro del viejo, solo había un joven alto y poderoso que saboreaba su recién adquirida juventud como si fuera el pase a la inmortalidad.

Miró a un lado y a otro, confuso, la neblina que circundaba su visión se aclaró con lentitud, pero él deseó que no lo hubiera hecho. La desoladora imagen de volúmenes destrozados y estanterías rotas

solo pudo compararse a su impacto al descubrir en su mente que no había olvidado nada. Se acercó a una tapa marrón que yacía boca arriba mostrando una efigie de un hidalgo cuya figura triste se enmarcaba a la perfección con la ruina de la sala. No necesitó cerciorarse de su título para recordar sus líneas y momentos.

Es por eso por lo que notó que su piel empezaba a cuartearse y arrugarse nuevamente, recordando sus años al tiempo que él recordaba lo que había prometido olvidar. El pánico recorrió su cuerpo, no quería pensar que había cometido aquella atrocidad para nada.

Recorrió los corredores como un enajenado, mientras gritaba «¿Qué tengo que hacer para olvidar totalmente las otras vidas que he vivido?» El tiempo apremiaba, pues se había acostumbrado a su recién adquirida fortaleza, no quería ver su vigor marchitarse y volverse a convertir en el viejo cansado que había pasado su vida en aquel lugar.

Hubo un momento en su frenética carrera en la que tropezó y cayó con dureza al suelo, golpeándose. Se incorporó muy lentamente asiéndose a los restos de estantería destrozada que yacían abandonados. Miró a su alrededor, como rastreando, con rostro de alucinado, toda la ruina y destrucción que poblaban el corredor. Al ver los libros destrozados, como si fuera la primera vez que los viese, se echó a llorar.

Se lamentaba por sus libros, a los que él había llegado a apreciar como si fueran algo de su propia

alma. Porque, ¿qué era para él un libro? Un libro era un grito en el silencio y a la vez el trueno que resuena en la tormenta que ensombrece la tierra con su manto. Para el viejo ahora joven una obra era un espíritu, un hombre y una idea. No podía perdonarse destruir un libro, tal y como había hecho antes con otros tantos, simplemente porque hacerlo representaba la absoluta pérdida del alma del hombre. Cada libro tenía en su interior un camino que el individuo podía seguir, un camino lleno de sentimientos, una puerta a otro mundo, una muerte y una resurrección. Todas sus páginas se llenaban con un algo que conmovía, inspiraba a las grandes acciones, a las peores, un libro alienta al moribundo y da felicidad al depresivo, es capaz de provocar la tristeza dulce que da reposo y tranquilidad al alma o de henchir de júbilo con un final que es mezcla de catarsis y satisfacción sazonada por ese ligero vacío al terminar de leer.

Lanzó un grito desgarrador y su cuerpo estalló en convulsiones de sollozos, acababa de arrancarse la vida con sus propias manos, por un sueño, por el humo de un espejismo vano. No podía aguantar ese sentimiento de culpa y crueldad que se apoderaban de sí. Mientras tanto, sus manos volvían a surcarse de venitas azules y arrugas, al tiempo que la presión que ejercían sobre su rostro se aligeraba al no poseer la fuerza anterior.

Se tornaba con renovada celeridad en un anciano encorvado y achacoso. Notaba la pesadumbre

de los años con un impacto cada vez mayor sobre su cuerpo y espíritu. Cerró los ojos y se precipitó a la oscuridad de su interior. Giraba, o eso pensaba, y se hundía cada vez más en el abismo negro, cuyo final aguardaba expectante.

No hubo impacto, ni caída, abrió los ojos. De repente se encontraba en una llanura de nada infinita que lentamente empezó a poblarse de libros que salían de la nada. Reconoció los libros, eran los que él había destrozado pensando fútilmente que así podría olvidar su contenido, un gran error. Los libros empezaron a amontonarse, cada vez mayores, no recordaba haber destruido tantos. Rápidamente tuvo que agarrarse para escalar la creciente marea de volúmenes que abarrotaban la nada.

Trepaba como podía, con su cuerpo avejentado y debilitado. Con la derecha agarraba un libro, con la izquierda otro, y buscaba agarrarse con los pies también, de manera que no se cayera. Pensaba mientras tanto en la locura que representaba lo que estaba ocurriendo, no era algo natural. Nunca antes había sufrido tales experiencias, estaba desconcertado. Él estaba acostumbrado a su vida normal y corriente, a su amada rutina, a entregarse a sus libros, a cuidarlos, a poner cada uno en su lugar. Todo aquello le quedaba grande, le había quedado grande desde el principio.

Solo había una solución, pensó con esa siniestra determinación que encubre la tristeza que solo se produce cuando aquello que empuja a lo extre-

mo es algo que no se puede comprender, él no hablaba la raíz de lo que sucedía. Cerró nuevamente los ojos, recordó sus vivencias, mientras el torrente de mamotretos inundaba más y más el espacio que quedaba. Sabía que pronto no podría más, y se entregó a recordar, al placer tan íntimo que siempre había sentido por aquella práctica. Recordar y leer siempre habían sido sus pasiones, ya que una llevaba implícita la otra en su vida. Su juventud, su adultez y su senectud pasaron ante él y le dejaron los sabores del viaje que había supuesto cada una de estas etapas.

Cuando se soltó la caída lo acogió como un hijo y lo acunó en el aire, mientras se precipitaba a su muerte. El aire azotaba sus ralos cabellos, apenas unos cuantos por la edad, mientras que la ropa se apretaba a su alrededor por la velocidad. Sus ojos se entrecerraron y su boca reflejó un rictus de felicidad, una paz interior que solo iba aparejada a lo que él vaticinaba. «Por fin», susurró para sí.

El chirrido del despertador no tuvo ni tiempo para activarse cuando una mano arrugada lo detuvo. Estaba empapado en sudor, así que apartó el libro con el que se había acostado, se levantó y fue a lavarse. Todavía era temprano, como observó a través de la ventana. El sol apenas había empezado a declinar, aún tenía tiempo. Se preparó una cena ligera, no tenía demasiada hambre, y comió con tranquilidad. Mientras comía pensaba en aquel sueño que había trastocado su despertar, no logró hallarle

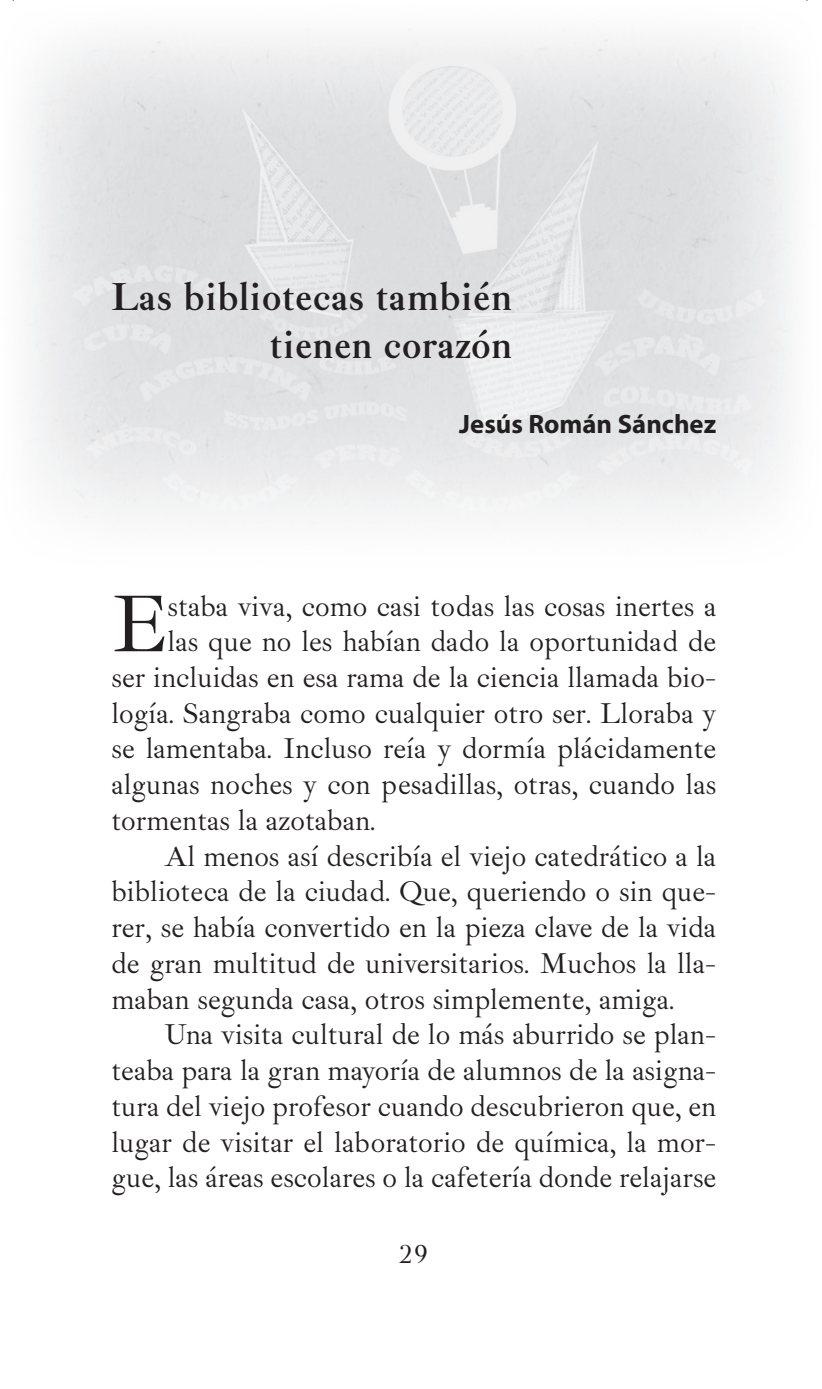
significado, tal y como ocurre con muchos sueños. Determinó que los sueños son muchas veces inconexos, en los que ocurren cosas fantásticas o en los que puedes hacer aquello que siempre negaste o de lo que jamás te viste capaz.

Empezó a vestirse, le costaba abrocharse los botones, estaban muy duros. Se detuvo un momento, pensativo, y sonrió para sí, daba gracias por tener tal debilidad en las manos. Cojeando y achacoso salió de su casa y se puso en marcha. Caminaba mientras el sol declinaba y la noche empezaba a convertir el agua en plata bajo la luz de la luna, cuando transformaba los insulsos caminos diurnos en atractivas sendas oscuras que llevaban a Dios sabe dónde. El astro pálido le sonreía cuando llegó, y el mar embravecido buscaba en vano sus abrazos.

El edificio era bastante bonito, su arquitectura era tal y como había estado viendo toda su vida, un crisol en armonía, como una canción en la que se integran muchos instrumentos pero no por ello es un caos, sino un orden tan bello como un eclipse. Entró, estaba oscuro, pero a él no le importaba, le gustaba esa penumbra donde todo es mágico y misterioso, donde los libros se tornan cómplices de la oscuridad, donde la sombra acaricia dulcemente.

Era así como a él le gustaba su amada biblioteca, aquel día había muchos libros en las mesas o en los estantes para recolocar. Sonrió, tenía ganas de trabajar, ganas de olvidar aquella tonta pesadilla. Sin embargo, le gustaba soñar con su trabajo, era su

vida. Recogió un libro, su cubierta plastificada le sonrió. «Un lugar para cada libro, cada libro en su lugar», repitió para sí en aquella letanía que había sido su vida. Él también era un libro, y la biblioteca su lugar.



Las bibliotecas también tienen corazón

Jesús Román Sánchez

Estaba viva, como casi todas las cosas inertes a las que no les habían dado la oportunidad de ser incluidas en esa rama de la ciencia llamada biología. Sangraba como cualquier otro ser. Lloraba y se lamentaba. Incluso reía y dormía plácidamente algunas noches y con pesadillas, otras, cuando las tormentas la azotaban.

Al menos así describía el viejo catedrático a la biblioteca de la ciudad. Que, queriendo o sin querer, se había convertido en la pieza clave de la vida de gran multitud de universitarios. Muchos la llamaban segunda casa, otros simplemente, amiga.

Una visita cultural de lo más aburrido se planeaba para la gran mayoría de alumnos de la asignatura del viejo profesor cuando descubrieron que, en lugar de visitar el laboratorio de química, la morgue, las áreas escolares o la cafetería donde relajarse

con un café y una rosquilla, el anciano había escogido enseñarles la biblioteca de la universidad.

Gran multitud de alumnos se habían matriculado en esta extraña materia que rezaba de la manera más atea posible bajo el nombre «Sobrevivir en la universidad». Hasta ahora se habían dedicado al estudio de la estructura de los distintos edificios así como de la jerarquía a la cual deberían acudir, como si de una cadena de mando se tratase, para solucionar dudas o plantear problemas ideas y buscar salvoconductos.

Todo tipo de tareas; así como confeccionar mapas de los bares más próximos, comidas baratas y pisos de estudiantes al alza, con agua y luz incluidas, pero nada que tuviera que ver con un temario del que posteriormente se examinarían. Algo de lo que por otro lado, los alumnos, no tenían ninguna queja.

Cuando el anciano maestro les dijo que la visita de hoy sería al corazón mismo de la facultad, jamás esperaron encontrarse frente a las puertas de la biblioteca, que les animaba a entrar a través de esos tornos de barra que muchos de ellos saltaban por las prisas para entrar en un mundo de silencio y, dependiendo de la época del año, frío o calor gracias a la calefacción.

—Bien, por favor, ruego cojáis esto todos vosotros —el catedrático señaló una pila de tarjetas que sostenía haciendo malabarismos con una mano—. Es vuestro carné de biblioteca.

Ante la cara atónita de los alumnos, que se pasaban por el forro la importancia de dicho carné, el anciano continuó: os parecerá una nimiedad y algunos lo perderéis pero este cartón plastificado es único, inviolable e intransferible. Es la llave mediante la cual moveros en el paraíso que nos disponemos a visitar. Pero sobre todo, y sin él, nunca jamás podréis convencer a ningún volumen, revista o grimorio mamotrético a que salga de su ecosistema habitual. ¿Alguien sabe por qué?

El profesor hizo una leve pausa mientras los alumnos se miraban y, posiblemente, pensaran que aquel hombre estaba en el puesto porque tenía edad de jubilarse y, una vez lo hiciera, iría a parar a un sanatorio mental. La pausa se hizo esperar arañando algunos segundos más a aquel variopinto grupo y el maestro continuó: la respuesta vino dada por Giacomo Casanova cuando, hartado de la dificultad en la que se veían envueltas las bibliotecas cuando se quería expedir un libro durante algunos días y este, de forma voluntaria, se negaba a salir del hábitat, descubrió que el mismo perfume que usaba con las mujeres, a base de feromonas, era igual de útil en el campo de la biblioteconomía y gracias al uso de las feromonas en el diseño de todos los carnés de biblioteca, los libros, que habían enraizado en el hábitat generoso que era su biblioteca, se dejaban «secuestrar» por unos días como si de unas vacaciones se tratase.

—¿Nos está diciendo que las bibliotecas son

como zoológicos de libros y que dichos volúmenes construyen un hábitat allí, del cual no quieren moverse y la única forma capaz de hacerlo es mediante el carné de biblioteca que está provisto de feromonas? —un joven bastante escéptico lo miraba a través de sus gafas de sol.

—Así es joven alumno —sin darle importancia siguió hablando—. Por otro lado el diseño actual del carné fue perfeccionado por Benjamin Franklin quien, además de ser bibliotecario como Casanova en los últimos años de su vida por sorprendente que parezca, era inventor y añadió este nuevo formato rectangular con el encabezado, que se ha modificado del latín al idioma natal de casa sitio, y el número de orden sustituyendo así a las papeletillas trípticas de esa época, que no había forma de llevar de una manera cómoda por tener el tamaño de un periódico y ser incapaz de guardar en ningún bolsillo —la mirada atónita de todos los alumnos hizo sonreír al profesor—. Os habréis dado cuenta a lo largo de la asignatura que sois alumnos escogidos de todas las carreras y eso era algo imprescindible para sobrevivir en la universidad y para comprender el entramado de una biblioteca. Este santuario no entiende de etnias, razas ni de carreras. Se hace con vosotros y, dependiendo de vuestros gustos e intereses, os llevará por un camino u otro. El laberinto que nos espera es único para cada uno de nosotros y la senda nos conducirá por todo aquello que estéis dispuestos a ver y disfrutar. Dicho esto

ruego que giréis el torno y entréis al salón principal de esta, vuestra biblioteca.

Al entrar el olor del lugar tenía una mezcla de lo viejo con lo nuevo, aderezado con ese murmullo imperceptible que, sumado al pasar de hojas de los libros, hacía al cerebro entender el remanso de paz que a sus conexiones neuronales llegaba. Oía por tanto a biblioteca y un poco a ácaros. Oía a cultura.

La sala principal de la biblioteca era rectangular. Estaba provista de una pila de mesas que se perdía a izquierda y derecha. Sobre ellas, alumnos con los cascos puestos, portátiles o solo con libros y subrayadores hacían su día a día.

Tras las mesas comenzaba el bosque de estanterías que eran tan denso y espeso que no dejaba ver que había más allá. Se podían vislumbrar algunos pasillos que se tornaban más oscuros. Otros, refulgían como si la luz del sol se originara en ellos. Algunos habían sido tan poco transitados que una alfombra de polvo recubría el suelo como si fuera fango espeso y los últimos eran simplemente de lo más normales.

Delante del bosque de estanterías y detrás de las mesas había un único atrio donde se asentaba el guardián de todo aquello; suponiendo que se le pudiera llamar así al bibliotecario.

Ciertamente las proporciones de la biblioteca eran bastante indescriptibles y ninguno de los que allí había se podía hacer a la idea de si el tamaño de dicho lugar era grande o pequeño, ya que la at-

mósfera y el juego de luces impedían que la mente dibujara un mapa más específico de lo que veían.

—Bienvenidos a la morada de muchos, al hogar de todos, donde Calímaco, Zenódoto, Eratóstenes, Apolonio, Aristófanes y Aristarco dedicaron parte de sus vidas a construir no un mundo mejor, pero sí con más conocimiento —enjugándose los añejos labios—. Estáis sólo en el comienzo —continuó el anciano—. Esto que veis es la sala de relax donde una vez cazados vuestros volúmenes podeis sentaros a leerlos tranquilamente en una de las mesas. Pero eso es solo el final, queridos alumnos, de la travesía que nos disponemos a emprender en breves momentos. Agarrad bien fuerte vuestro carné que vamos a explorar los misterios de una biblioteca. Los que tengan miedo son libres de quedarse en una mesa a la espera de la partida que vamos a organizar.

Dio un tiempo prudencial para que cualquiera de las personas que lo escuchaban atentamente se fuera de forma tranquila a una mesa; al ver que nadie lo hacía continuó.

—Bien. Antes un poco de teoría.

Para hablar de la primera biblioteca del mundo debería antes contaros el primer libro escrito del mundo. Debéis olvidar la ciencia exacta para dejaros llevar por los ritos y leyendas que la inexactitud de la *bibliotecomanía* nos enseña. Según ella *18 maneras de cocinar un bisonte prehistórico* título final de esta obra que comenzó llamándose

continentes llegaron las buenas nuevas del único sitio en el que recopilaban volúmenes recogidos a lo largo de los siete mares sobre aventuras, tesoros escondidos y batallas ganadas.

Cuando se perdió en el mar del tiempo, fue como si el espíritu de aquella gema diera vida al resto de bibliotecas del mundo y así es como nació la vida a través de los libros y las paredes frías de aquellas estancias. Todas sumidas bajo un mismo corazón el *culturanium*, la gema de Alejandro Magno.

El silencio recorrió la sala mientras el catedrático, tras sus lentes ahumadas de saber, observaba a la totalidad de su clase. Abriendo las manos quiso señalar el entorno donde se encontraban y al poco tiempo se escabulló tras un pasillo de estanterías. La clase lo siguió a través de ese espeso bosque sin tener mucha idea de dónde se estaban metiendo.

Andad con cuidado por los senderos que aquí veis; los libros crean su propio ecosistema y se agrupan normalmente por afinidad unos con otros; así la novela negra estará en los pasillos donde suene jazz y los tiros silben por los aires. La de caballería por los más frondosos y posiblemente vigilada por algún dragón cobarde y en la sesión de novela romántica no podréis despegar los pies del suelo por lo pastoso del asunto.

Fue difícil encontrar un sistema de catalogación lo bastante bueno como para que, tanto libros como humanos, se sintieran cómodos y además fuera fácil y rápido encontrar el volumen que se estaba

buscando en ese momento. No fue hasta que un fraile franciscano llamado Tolomeo de Buenavida harto de copiar y copiar volúmenes, comenzó a investigar las más variopintas formas de ordenación sin dar con la tecla, ya que los libros nunca estaban contentos y se desordenaban formando el pifostio padre; las cruzadas le cogieron de improviso y tuvo que ir sin más remedio, dejando todo aquello como estaba. A los veinte años cuando regresó, con heridas de guerra y sotanas de menos, se encontró que los libros habían formado su propio ecosistema ordenándose por temas e imbuyendo el lugar de una atmósfera propia. Aparte de eso, dentro de los temas se ordenaron por autor, fecha y orden alfabético y a partir de ese día y fruto de la causalidad se llegó al sistema de datación actual que tenemos en todas y cada una de las bibliotecas del mundo y quien no lo sigue da igual. Al final la cultura se ordena a sí misma y acaba ganando la batalla.

Mientras el maestro hablaba se iban paseando por aquel ecosistema pasando por todos los biotopos que el profesor había augurado en un primer momento.

La flora y la fauna de la biblioteca los envolvía cual papel de magdalenas; estante a estante, libro a libro y ¿por qué no? folleto a folleto.

Galería tras galería y con los zapatos algunas veces embarrados por los pantanos de lo incierto o mojados por las novelas de naufragios y eróticas, llegaron a un cruce de caminos donde, sobre él un

gran poste con multitud de carteles apuntando a todas direcciones, intentaba sin mucho acierto guiarlos. Digo intentaba ya que algunos apuntaban al techo, al suelo o simplemente a la nada.

—Observáis un cruce de caminos jóvenes señores —un hombre vestido de chaqueta negra les hablaba muy sonriente— las bibliotecas son todas tan antiguas que muchas veces se vaga sin rumbo hasta perderse. Afortunadamente, los maestros constructores diseñaron estos postes donde suelen dejarlo todo muy claro. Y para fortuna vuestra, valga mi redundancia, os puedo conceder una petición si no sabéis interpretar dichos instrumentos.

El profesor agradeció a aquel señor su ofrecimiento rápidamente y sacó a la clase lo más rápido posible del lugar, achacando que la visita cultural no podía extenderse hasta la eternidad, que para cualquier persona era demasiado tiempo y más entre libros de temas que bien podían no interesarles.

Una vez dentro de un pasillo lo bastante alejado del cruce de caminos explicó, amablemente y sin quitar la sonrisa de hombre sabio, que aquella persona era en realidad un demonio. Se solían situar en aquellos lugares para intentar, con malas artes, ayudarte a encontrar un camino totalmente alejado del correcto y, de paso, que le firmaras un contrato en el que tu alma era la moneda de pago. Debían desconfiar siempre de aquellos cruces y seguir en una dirección aleatoria.

Nadie preguntó nada más sobre aquello, dejando un tórrido velo de misterio que, posiblemente, más adelante sería desvelado por alguna locuaz explicación del profesor; y continuaron la marcha en aquella fantásica visita cultural al interior de la biblioteca de la universidad.

Ocurrió pues, que de caminata por un pasillo repleto de *acunables*, es decir libros que habían sido cuidados en su infancia por sus dueños para luego ser donados a la biblioteca y que así se labraran un buen futuro, los estantes que rodeaban a tan pintoresca excursión comenzaron a temblar y a cimbrear. Los durmientes de las largas estanterías y los entrepaños crujieron, como si un terremoto de una gradación alta en una escala nada conocida asolará el lugar. Y entonces, una ráfaga gigantesca de sonidos que mandaban callar pasó entre los alumnos y el anciano profesor tirando a más de uno de culo al suelo mientras otros se deslizaban empujados por dicha *ola de chisteos*.

Una vez pasado, el catedrático explicó que era normal que, con la cantidad de veces que se mandaba callar en una biblioteca, estos sonidos se acumulasen y pululasen libremente en oleadas por las estanterías; así que no era de extrañar que de vez en cuando fueran silenciados por una *ola de chisteos* que pasara por allí.

Llegaron a un claro entre estantes más pequeñitos que aún estaban creciendo y decidieron acampar para pasar la noche dado que el techo de la bibliote-

ca había oscurecido y en él habían ido apareciendo pintitas luminosas que simulaban las estrellas.

Sacaron la comida que llevaban, hicieron una hoguera con un libro bastante inflamable y que con total seguridad no sufriría daño alguno como explicó el anciano, y se sentaron a corro para contar historias.

Le tocó ahora a los antiguos constructores. La historia de ellos, siempre velada por el misterio, se hacia realidad una vez más por una de las pocas bocas que sabía a ciencia incierta todo lo que ellos habían sido.

—Cuentan las leyendas —inauguró así la historia el viejo profesor— que el primer constructor fue un hombre de nombre desconocido al que le fue encargado la edificación del gran laberinto griego de la isla de Creta. Que dicho sea de paso, no era simplemente la construcción de un laberinto, sino de la gran biblioteca real que, debido a problemas mentales del monarca, había capacitado al lugar de esa rocambolesca arquitectura y provisto de un guardián, más mitológico que terrenal, para vigilar sus más preciados volúmenes. A partir de aquí y en acontecimientos puntuales de la edad de los humanos, aparecían los constructores. Siempre resguardados tras el misterio como los canteranos de las logias masónicas; y hacían una biblioteca por allí y otra por allá. Construyendo así, la de Alejandría como una obra de arte y las de los oscuros monasterios de la Edad Media donde los copiadore

libros eran mudos para evitar hablar de lo que allí veían.

Mucho se ha estudiado la arquitectura interior de estos lugares y siempre se llega a la misma conclusión entre los círculos de expertos en la *bibliotecomanía*. Las bibliotecas son laberintos totalmente vivos. Una de las teorías de Sir William Cambridge sostiene que todas las bibliotecas son en realidad una sola unida por la gema de *culturanium* de Alejandría y que, una vez abres la puerta de la de tu ciudad, entras en una sala común a todas ellas y cuanto más te adentras en los pasillos más te adentras en esa biblioteca común a todas las épocas. Sosteniendo esta idea se formaron un grupo de personas que fueron denominados *espeleólogos de estanterías* y se dedicaban, cuerda en mano e instrumentos muy útiles en las cuevas pero algo inservibles en este ámbito, a recorrer y adentrarse por los pasillos de las bibliotecas de sus ciudades natales. Algunos afirman haberse encontrado con otros espeleólogos de países lejanos, dando pie a la verificación de esta teoría. Pero como la gran mayoría desaparece sin dejar rastro se ha dado por imposible ratificarla. Eso sí, se han conseguido grandes descubrimientos de la biología, como una nueva especie de ácaros comedores de libros que se creían extintos desde hace mil ciento dos años y las *oleadas de chisteos* que vivisteis con anterioridad. Dicho esto, deberíamos descansar antes de que llegue el día.

Con esto último el profesor cerró el intacto e ignífugo libro que daba fuego y luz al ambiente y todos se dispusieron a dormir plácidamente entre sonidos de papeles que se movían y estantes que, a veces y solo a veces, crujían y se dilataban.

El solano o el remanente titilante del mismo llegó a los rostros de todos los alumnos; algo que el profesor, debido a la profundidad a la que se hallaban de las cristaleras, explicó a través de un sistema de espejos que los constructores instalan en sitios tan imperceptibles que llevan la luz y la noche a todas partes como si fuera un fenómeno natural. Y con esta nueva lección siguieron una vez más y siempre hacia dentro en la visita cultural por la biblioteca.

Los frisos, los estantes e incluso los volúmenes se volvían mucho más antiguos. Solo había que apreciar las portadas que pasaron de las más comerciales y actuales a títulos grabados con hilo, en algunos casos, y a libros donde la mano de la imprenta de Gutenberg había sido sustituida por el puño y letra de algún escriba de la antigüedad. A nadie le cabía duda, después de todo lo vivido, que los originales más famosos del mundo rondarían por allí dentro haciendo de las suyas.

—Por eso es imprescindible devolver los libros a su hora y en su fecha —el viejo profesor no había parado de hablar desde que se levantó y se tomó su café bien caliente del termo que llevaba y que al parecer calentaba más que el propio sol—. Antiguamente los

castigos no eran del todo ecuanímenes y fueron muy duros con los ladrones de libros y con los cazadores furtivos que entraban en las bibliotecas para sacarse un dinero gracias a algún marchante de arte. Luego llegó la Inquisición donde por tardar más de un día en devolver el volumen prestado te acusaban de hijo del demonio y te condenaban a la hoguera así sin más. Los romanos eran más benevolentes; un par de años en galeras y rehabilitado de nuevo. Por no hablar de los egipcios que te cortaban la lengua y momificaban a la primera de cambio. Pero no entero no, sino solo el brazo con el que hubieras cogido el libro o, dependiendo de los días que te hubieras retrasado, así de larga era la venda y todo lo que te cogiera ¡zas momificado! Para fortuna vuestra, las leyes del estado de Wisconsin que son las primeras, aunque sigo sin saber por qué, a las que se atienen las bibliotecas, han bajado la multa por no entregar los libros a tiempo a pequeñas multas que hacen que no puedas sacar los volúmenes del recinto donde nos encontramos. Esto se debe a que quitan parte de las feromonas de vuestros carnes para así impedir que se vayan con vosotros —silencio una vez más, como iba siendo habitual en la visita, fue la respuesta del alumnado—. Está bien. Dicho esto, continuemos que ya estamos cerca.

¿Cerca de qué? Habían andado como un día y medio de camino; corredor tras corredor; pasillo tras pasillo. Sorteando cruces de caminos, con sus demonios habituales, cazadores furtivos de libros,

que corrían mientras los estantes de la biblioteca se les abalanzaban encima y siempre hacia dentro e inexorablemente avanzando hacia un futuro incierto que solo el profesor en este momento era capaz de discernir. Sospechamos pues, que el motivo de dicha visita cultural estaba más cerca de lo habitual. Llegarían a la meta muy pronto y con ella a un poder que nunca habían imaginado existente, al menos, en una biblioteca.

Ahora, tal y como todo empezó, a ninguno le cabía duda de que las bibliotecas eran entidades vivas, como un inmenso bosque. Viviendo lo que habían vivido todos los alumnos en calidad de niños pequeños, habían pasado a conocer un organismo vivo en el que se movían a través de sus arterias que eran las estanterías y donde las respiraciones iban y venían en forma de *olas de chisteos* gigantescas, algunas cuando estaba relajada y otras pequeñas y rápidas cuando la excitación invadía los virtuales pulmones de tan magnífica construcción.

—La *bibliotecomanía* estudió la fisiología de todo esto —añadió señalando la colosal estructura— y a modo de mapas del cuerpo humano trazaron líneas y líneas de la compleja estructura interna de este mágico lugar. Aun como todo, no es una ciencia exacta, pero poco a poco y ayudándose de los *espeleólogos de estanterías*, nuestros amigos los bibliotecarios, el valor y la lectura; cada día se añaden nuevos conocimientos para cuidar y hacer perdurar estas habitaciones y la cultura que en ella alberga.

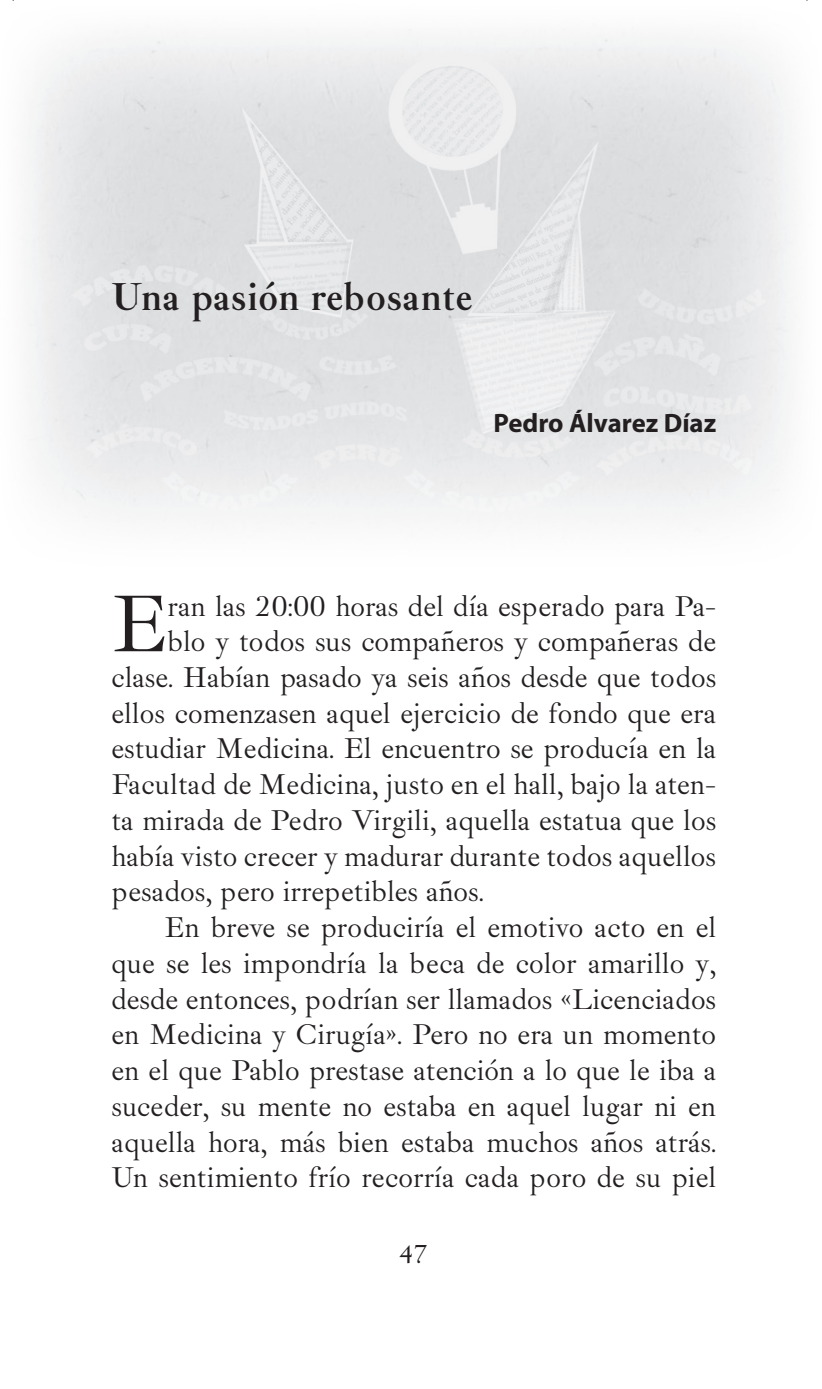
Unas grandes puertas de piedra de una era olvidada aparecieron ante ellos de la misma nada. Como siempre, los sistemas ópticos que hacían que todo fueran espejismos, engañaban a los menos doctos en la materia para que aquella sala pasara desapercibida a la gran mayoría de los ojos.

Hemos llegado chicos —el profesor, siempre sonriendo, empujó las puertas dobles llenas de grabados y de dentro salió una gran luz que cegó a todos y cada uno de los alumnos. El *culturanium*, corazón de la biblioteca —fueron las últimas palabras que pronunció el profesor antes de que la gema se mostrara en todo su esplendor.

¿El final de una visita como otra cualquiera o no? Todos fueron pasando cerca del pedestal donde el propio Alejandro Magno la había puesto; y ninguno, al verla, comprendió las grandes fuerzas que allí se atesoraban. La cantidad de estrellas e ideas que se podían crear y cómo toda la cultura del mundo estaba unida en una gran habitación *multivérsica* por esos creadores que tanto habían construido a lo largo de los siglos y de los cuales el misterio era todo lo que conocían.

La puerta se cerró y como bien dice el refrán «cuando una puerta se cierra otra se abre» y esta concretamente era la salida. Así que como entraron fueron saliendo atónitos y asombrados. Con algún que otro miedo en el cuerpo pero con ganas. No hubo, después de aquella visita, ni un día que al menos uno de ellos no pisara la biblioteca y con sus

carnés provistos de feromonas estudiaron y aprendieron, incluso ejercitaron su imaginación. Así cuando el día estaba feo o nada tenían que hacer, la biblioteca les abría sus puertas y prestaba plácidamente sus mesas y volúmenes para que fueran explorados desde la primera página a la última; y así fue por los cursos de los cursos y las carreras de las carreras.



Una pasión rebotante

Pedro Álvarez Díaz

Eran las 20:00 horas del día esperado para Pablo y todos sus compañeros y compañeras de clase. Habían pasado ya seis años desde que todos ellos comenzasen aquel ejercicio de fondo que era estudiar Medicina. El encuentro se producía en la Facultad de Medicina, justo en el hall, bajo la atenta mirada de Pedro Virgili, aquella estatua que los había visto crecer y madurar durante todos aquellos pesados, pero irrepitibles años.

En breve se produciría el emotivo acto en el que se les impondría la beca de color amarillo y, desde entonces, podrían ser llamados «Licenciados en Medicina y Cirugía». Pero no era un momento en el que Pablo prestase atención a lo que le iba a suceder, su mente no estaba en aquel lugar ni en aquella hora, más bien estaba muchos años atrás. Un sentimiento frío recorría cada poro de su piel

al recordar aquel día que decidió abandonar sus estudios de Hispánicas para dar el salto y comenzar Medicina.

Pablo, metódico como él sólo, hacía siempre el mismo recorrido desde la Facultad de Filología hasta su casa, caminaba por las mismas calles, la misma acera, se paraba en los mismos escaparates, llegaba a casa subiendo los peldaños de dos en dos, sin saltarse ninguno, y una vez allí, le gustaba que su madre le tuviese el plato de comida en la mesa con la temperatura óptima para poder ser devorado sin que un mínimo soplido tuviese que facilitar la ingesta.

El problema de las personas metódicas como Pablo es la sensibilidad y susceptibilidad de captar cualquier mínimo cambio en la rutina. Así, era el primero en percatarse si alguna tienda cambiaba de dependiente, si alguna loza de la acera se rompía o algún vecino encalaba su fachada. Aquel día de enero de su primer año de Hispánicas la rutina habría cambiado en su propia casa, algo que no ocurría desde que su padre los abandonó haría por entonces cinco años.

Pablo entró en la cocina y ni encontró la comida en la mesa ni a su madre para que le acompañase en el almuerzo. Esperaba que ella saliese de repente de algunas de las habitaciones con una excusa con la que asumir aquel repentino retraso, pero nada de esto ocurrió. La preocupación de Pablo aumentaba al ritmo del segundero del reloj de pared que re-

tumbaba por toda la casa. Le resultaba muy extraño que su madre no le hubiera dejado alguna nota escrita o no le hubiese mandado ningún mensaje. Intentó llamarla por teléfono pero, como casi de costumbre, su madre se había dejado el móvil en casa. Pasadas ya cerca de dos horas, la madre llegó. Era una señora de mediana edad, esbelta y coqueta como aquellas mujeres añosas que son capaces de aparentar la mitad de su edad tras una buena sesión de maquillaje y acondicionamiento. Solía quejarse de un gran defecto: su expresión era el más fiel reflejo de su estado de ánimo, para ella este era su principal inconveniente. Así nunca pudo ocultar que moría en cada suspiro que daba desde que su marido la abandonó, que lloraba cada noche pensando cómo podría conseguir un dinero extra para pagar los estudios de su único hijo, que le pesaba su maquillaje por la desesperanza de encontrar a un buen hombre que quisiera devolverle cuanto amor dio.

Y aquel día, una vez entró en casa, tampoco pudo disimular la noticia que acababa de recibir. Pablo, que conocía a la perfección el ánimo de su madre y que era capaz de sospechar lo que por su mente pasaba con tan sólo una mirada, supo hacer que su rabia se evaporase como el rocío de la mañana para dejar salir la ternura que solía usar para conseguir que su madre le contase todo lo que le sucedía. En aquella ocasión, sintió un claro temor al ver las facciones de su progenitora, una expre-

sión que Pablo habría podido ver en ella sólo en muy contadas ocasiones. Temía lo que tendría que escuchar a continuación pero sabía que tenía que hacerlo. Desde el día que su padre los abandonó Pablo supo que no sólo le correspondía en aquel hogar el papel de hijo, sino el de principal apoyo de su madre, una madre que quedaba desde aquel momento siendo la única responsable de su vida y sus estudios, de sus sueños y sus metas.

La marcha de su padre fue algo que tanto a Pablo como a su madre no les cogió de sorpresa. Estaban acostumbrados a que su padre pasara temporadas fuera de casa. Con la excusa de que tenía que embarcar para hacer las pruebas pertinentes a los buques que construían en los astilleros podían pasar meses sin que pisase el hogar. Por eso, el día que Raúl, el padre, se dirigió a Pablo para comunicarle que ya no viviría más en casa, éste infravaloró las consecuencias que aquella decisión traería. Con los años, Pablo se daría cuenta de que por muy evidentes que parezcan las vivencias y situaciones, hasta que no ocurre lo que se espera, la mente no inicia a asumirlo. Eso fue lo que su madre, Raquel, tuvo que sufrir desde entonces, lo que tanto había temido, lo que ella misma trataba de no pensar y lo que, desde ese día, tuvo que comenzar a asumir. La casa sería para ella, pero a cambio, la manutención de Pablo corría prácticamente a su cargo ya que Raúl, según determinó el juez, sólo le pagaría una mínima cantidad en concepto de estudios. A quien

más afectaron las consecuencias de esta separación fue a Raquel. Se le notaba en todo lo que hacía como remanente de una decepción y eso le contagiaba a Pablo una amarga tristeza.

A pesar del retraso de aquella tarde, Pablo no quiso interpelar a su madre, esperó como quien espera que de un momento a otro comience a diluviar. Raquel sacó un sobre que contenía un informe médico. Pablo pudo ver cómo las piernas de su madre comenzaban a temblar, cómo un par de lágrimas comenzaban a recorrer sus mejillas, cómo no era capaz de mantenerse de pie y cómo él tampoco había conseguido que no se le contagiase. Ambos se sentaron y entonces Raquel, sin mediar palabra, le entregó el informe a Pablo.

Como podía imaginar, no entendería nada de lo que leía, aquel informe era para él como un gran galimatías que descifrar. Más allá de términos simples como «antecedentes», «diagnóstico» o «plan terapéutico» se escondían otros tantos indescifrables como «K-RAS+», «TNM», «BRCA»... Pero de lo que no cabía ninguna duda era de la conclusión final: cáncer de mama.

Quizá, si en aquel momento Pablo hubiera sido capaz de adivinar todo lo que le acontecería en el futuro, sus lágrimas habrían dejado paso a la felicidad y habría podido darle las mejores palabras de ánimo a su madre. Muchos años más tarde, se lamentaría de cuánto somos las personas capaces de afectarnos y desolarnos el día a día sin mantener

la esperanza de un futuro mejor. Nos aferramos a la tristeza creyendo que soltarla supone separarnos de una parte de nosotros mismos, por más que sepamos que el tiempo se encargará de hacerlo por nosotros si nos demoramos demasiado en la iniciativa. Aprendería con todo ello que en el fondo del pozo siempre hay un trampolín capaz de impulsarte más alto de donde antes llegaste. Pero en aquel momento, lo que sucedió era lo esperado: que ambos comenzaron a llorar hasta que se les secaron los ojos de lágrimas y el alma quedó arrugada de cuanto temor les invadía.

Hablaron largo y tendido sobre el informe y sus consecuencias. Según el médico era uno de aquellos cánceres que, aunque había sido diagnosticado a tiempo, tenía un pronóstico dudoso. Comentó que tenía ciertas variables no clarificadas que aunque podrían no significar una mala evolución o un mal pronóstico, sí que hacía que no se ajustase a un proceso evolutivo presupuesto o conocido. Aquellas palabras que reprodujo Raquel volcaron el corazón de Pablo ante el desconocimiento de todo cuanto le estaba aconteciendo. Ni sabía nada de aquellos términos del informe ni la explicación del médico le sirvió para comprender mejor lo que podría suceder.

El día acabó pronto, ambos decidieron que lo mejor sería acostarse y amanecer al día siguiente, pensando que no era más que otra terrible pesadilla y que al despertar todo volvería a la normalidad,

creyendo que el sueño no se marcharía aquella noche todavía y que podrían conciliarse con él para quitar de la mente lo que estaba sucediendo. Pablo sentía esa amarga sensación que pellizca el estómago y te deja sin respirar, una sensación que vivía cada vez que ocurría algo cuya solución escapaba de su alcance, por más que la desease. La había padecido cuando su padre decidió abandonarles, pasó meses en los que respirar era una lucha constante, en los que vivir era su mayor peso y llegar a la noche, el objetivo de cada día. Esta vez tenía el agravante de que sabía que todo eso sería lo que tendría que volver a vivir.

Como presuponía, a la mañana siguiente todo seguía en el mismo sitio que la noche anterior, igual que la fuerza para continuar su vida diaria. Raquel ya se lo advirtió, no consentiría que dejase de lado su día a día, que si alguien tenía que sufrir aquella dolencia debía ser únicamente ella. Pablo sabía que aunque le costase, esa era la mejor manera de ayudar a su madre, que si se quedaba con ella a diario no conseguiría más que aumentar su ansiedad y su malestar por no permitirle continuar con su vida cotidiana. Él, aunque metódico en su rutina, aquella mañana no pudo seguirla, era consciente de que tras la noticia del día anterior, no acabaría en la Facultad de Filología. La curiosidad e interés que sintió por descifrar el galimatías que suponía para él el informe del médico le llevó a la biblioteca de Ciencias de la Salud.

Aunque para muchos la imaginación podía llevarles a pensar que se trataba de un viejo edificio lleno de libros antiquísimos, apilados en montañas cubiertas de polvo y con altos ventanales por los que apenas entrase luz, aquel no era más que un edificio corriente, aunque no por ello falto de historia. Este edificio Andrés Segovia, conocido entre los estudiantes, singularmente entre los gaditanos, como «el antiguo policlínico» albergaba, además del Vicerrectorado de Alumnos y otros departamentos, la biblioteca de Ciencias de la Salud. Estaba situada en la segunda planta, a Pablo le costó encontrarla ya que, ignorando que al fondo había unas escaleras, decidió subir por los primeros ascensores que encontró. Una vez en la planta correcta, tuvo que dar varias vueltas hasta encontrar la entrada a la biblioteca. Al principio se llevó un triste desengaño. Pablo esperaba encontrarse con una biblioteca que, aun sin estar en un viejo edificio, tuviese ese olor a antaño que desprendían los libros añejos. Sin embargo, la reciente reforma había hecho que ese cierto aroma desapareciese, eso sí, había ganado en orden, comodidad y espacio.

Las diferentes salas de las que se componía la biblioteca a la que acababa de acceder estaban separados por enormes estanterías en las que no cabía, aparentemente, ni un ejemplar más. La copiosa cantidad de libros hacía que Pablo se sintiera como si acabase de entrar en un gran santuario, alejado de todo contacto con el mundanal ruido. Se desplazó

unos metros para satisfacer la necesidad de tomar alguno de los volúmenes que tenía a su alcance. Encontró una serie de modélicos ejemplares de una belleza tal, que pensó que podrían ser expuestos en cualquiera de los museos de la ciudad. Con sumo cuidado tomó el que más atención le despertó. Era aquél al que le faltaba el tejuelo. Delicadamente lo apoyó en la mesa que se encontraba a su espalda con la intención de admirar una de esas pastas ahuesadas con título bordado en oro que tanto le apasionaban. El título era enormemente alentador: *Medicina hipocrática en el siglo XVII*, coincidía con el Renacimiento, época que para Pablo era de las más intensas en cuanto a su modo de vivirla; para él, era la fuente de la fuerza que necesitaba para resurgir y renacer en cada momento, en cada día, el origen de la firmeza y entereza que a diario necesitaba.

Pablo creyó que buscar algo de información sobre la enfermedad de su madre, algo de luz que pudiese aclarar el túnel en el cual habían entrado, no le supondría más de un par de horas. Bastaría con encontrar algún libro que hablase de los cánceres, encontrar aquellos datos y palabras indescifrables y buscar lo que significaban. El problema llegó cuando, tras preguntarle a la bibliotecaria dónde encontrar libros de cánceres, ella le indicó que aquello no era algo tan sencillo, quería saber de qué tipo de estudio de los tumores quería hacer, si desde el punto de vista de la genética, de la onco-

logía, de la epidemiología... Pablo volvió a experimentar la sensación del día anterior, sólo sabía que de nada sabía. No supo qué responder, aunque la bibliotecaria, amablemente, le condujo a la sección de oncología y allí le explicó cómo se organizaban los libros y cuáles eran los más recientes.

Cuando abrió aquel *Manual para estudiantes de oncología médica* y se fue al apartado de «mama», supo que las dos horas que pensaba quedarse en aquel lugar serían insuficientes. A Pablo no es que le gustase aprender y estudiar, es que sentía ansia por saber, por descubrir cuánto la mente humana era capaz de abarcar, por desmembrar y desmenuzar la información de forma que se hiciera asimilable y perpetua en su cerebro. Pero aquella vez no le sería tan fácil como de costumbre, en cada oración que leía había siempre términos que no comprendía, y no sólo eso, se hacía referencia a procesos o elementos que debían ser inherentes al conocimiento del público, por supuesto experto, al que iba dirigido aquel manual y que, sin embargo, él no tenía.

Al llegar la tarde, Pablo se dio por vencido. Había leído cerca de quince libros diferentes, se había dirigido a, al menos, cinco secciones distintas, incluida aquella dedicada a revistas de divulgación para, supuestamente, el público general, pero no pudo sacar nada en claro. Bueno sí, que sentía la necesidad de ir a aquel lugar más veces. Sabía que el informe era el motivo original, pero su curiosidad y

ansia de saber, los mayores alicientes para volver. Se planificó bien para poder dedicarle algo de tiempo a aprender más acerca de la medicina, sin que lo notasen sus propios estudios de Hispánicas. Creyó que si empezaba por las asignaturas más básicas podría ir poco a poco asimilando conceptos e ir desgranando todo lo que entonces no comprendía.

Así, en cuestión de poco tiempo, Pablo consiguió conocer algo más de materias que creía elementales como la histología, anatomía, bioquímica... Mientras, su madre iba avanzando en el tratamiento quimioterápico. El médico le informaba de que la evolución era satisfactoria, se mostraba optimista y ella sobrellevaba las consecuencias de la quimioterapia: la caída del cabello, la debilidad, los vómitos... Pablo ya sabía que todo lo que le estaba ocurriendo a su madre era normal o que entraba dentro de lo previsible, incluso aprendió que pudiera ocurrir que se tuviera que posponer algún ciclo del tratamiento debido a esa debilidad. Entre clase y clase, entre visitas a la biblioteca, Pablo sacaba tiempo para estar con ella, pasear, conversar y animarla, quería apoyarla más que nunca y mimarla más que nunca. Por supuesto que abandonó esa absurda exigencia de que la comida estuviese siempre a punto a su llegada, la ropa planchada dispuesta para ser usada y la casa sin mota visible de polvo. Pasó de ser una parte más del mobiliario inerte de su casa a ser el ente más activo de la misma, a convertirse en la propia alma del hogar.

Una vez que Raquel llegó a completar el tratamiento, los estudios parecieron indicar que el tumor había reducido su tamaño de forma más que considerable. Se dispondría así a la intervención quirúrgica que debía extirpar parte de la mama afectada. Raquel ya estaba preparada psicológicamente para aquel duro trance, Pablo la había ayudado mucho, durante semanas estuvo acudiendo a la biblioteca a buscar libros de Psicología que le ayudasen a él a llevar y conducir aquella situación y a su madre a que no le afectase en el ánimo ni en las ganas de vivir. Tenía la sensación de que gracias a aquella labor y a lo que pudo aprender, Raquel sacaba fuerzas para no derrumbarse.

Pero Pablo guardaba un secreto y lo cierto era que él tampoco había estado solo en todas esas horas de estudio. No sabe ni cómo ni por qué un día, en lugar de subir a la segunda planta del edificio Andrés Segovia, pulsó el botón que le conduciría a la tercera planta. Nada más salir se dio cuenta de su error, miró a su izquierda y leyó el cartel que indicaba «Departamento de Medicina». Si en los estudios de Medicina impartían clase profesores de otros departamentos, quizá ese se llamase así porque era el más médico de todos, pensó. Justo lo que necesitaba. La curiosidad recorrió sus arterias como agua que recorre cañerías, acelerando el corazón al ritmo de galope y empezando a temblar como tiemblan las extremidades ante cualquier estímulo embarazoso. De esta forma fue como Pablo

no se resistió a abrir la puerta a medio encajar de aquel departamento. Su mente le hacía imaginar que al atravesar el umbral accedería a una zona oscura y tenebrosa donde un eximio profesor catedrático de tez nívea y barbas largas le encomiaría a que abandonase el lugar por donde mismo había osado entrar. En cambio, cuando Pablo definitivamente entró en aquel departamento, se encontró con una amabilísima secretaria que con exquisito gusto salió a atenderle. Realmente, él ni siquiera sabía qué hacía allí ni para qué había entrado, sospechaba que era por exclusiva curiosidad pero en el fondo de su ser era consciente de que se escondían motivos mayores. La operación de su madre era algo que no se le iba de la mente, podía encontrarse en incontables ocasiones divagando sobre la misma. Sabía que el motivo raíz de su osadía no era otro sino el de sucumbir ante un experto para que le ayudase a colmar sus dudas.

De esta forma es como Pablo conoció al catedrático Magallanes, un señor entrado en edad, quizá aún no sobrepasaría la cincuentena, que le superaría algo en estatura y mucho en peso. Su rostro mostraba la misma dejadez y desorden que pudo ver que tenía su despacho, barbas de pelos arremolinados, cejas anchas y pobladas, ojos hundidos rodeados de grandes ojeras y nariz ancha con la que hacía movimientos involuntarios, como un tic de olfateo, que Pablo pensó que le servía para absorber lo que la mente de su interlocutor le quería

decir. Por eso no le sorprendió cuando el profesor le espetó un «tú tienes un problema...». Llevaba una bata que, a simple vista, se podía sólo sospechar que fuera blanca porque estaba manchada de tintes, tiza, polvo y cuanto pudiera dejar rastro en la indumentaria de un catedrático «de oficio».

Aquel fue el recibimiento menos esperado por Pablo, tenía ya meditada la respuesta que daría al esperado cortés saludo que le daría el profesor, pero sin embargo, nunca se aventuró a pensar que hay personas no tan meticulosas como él y que ese simple «hola, buenos días» quedaría únicamente en su mente. Así que Pablo, tras aquella curiosa recepción, quedó más anonadado que al principio y más nervioso que el día en que su madre le entregó aquel triste informe. El profesor le invitó a entrar, le ofreció café recién hecho y unas pastitas que tenía en la mesa de su despacho, a modo de los caramelos de cortesía que se ofrecen en la recepción de los hoteles.

De esta forma, Pablo se fue relajando y calmando, el catedrático no dejaba de sorprenderle, era un señor afable, cercano, con cierto sarcasmo intimidatorio que servía para romper el hielo y, de paso, echar algunas risas. Hablaron de todo y de casi nada, porque Pablo sintió que podía llevarse días y días hablando con aquel extravagante profesor. En la primera toma de contacto, Pablo sólo quiso hablar por encima del tema de su madre, no se sentía aún seguro para contar sus miedos e inquietudes. Ma-

gallanes, que dominaba el arte de la anamnesis con seguridad y confianza, tampoco quiso adentrarse en aquellos miedos ese primer día. Por eso le invitó a que volviese cuando le apeteciese, conociendo que no tardaría ni un día en volver por allí.

De vuelta a casa, Pablo pensaba y comparaba una clase magistral del doctor Magallanes con la que recibía de sus catedráticos de filología. No es que estos fueran desconocedores de la materia que le impartían, sino que no había podido ver en ellos la magia que vio en el doctor, no había despertado ninguno de ellos en él la seguridad de estar estudiando y dedicando su tiempo a aquello que más plenitud le daría. No quería pensar demasiado, pero sabía que al problema de la enfermedad de su madre se le había sumado otro, quizá este no tan enmarcado en el tiempo, no con consecuencias inmediatas graves e insufribles, pero sí con repercusión en toda su vida futura. Por primera vez, Pablo se sentía insatisfecho con la elección que hizo meses atrás de estudiar Hispánicas, le surgían dudas, interrogantes y todo eso derivaba en un incremento de la inquietud con la que se estaba acostumbrando a vivir.

Como ya sospechó el profesor, Pablo no tardó ni veinticuatro horas en volver a aquel departamento. Esta vez la puerta estaba cerrada así que se dispuso a llamar al timbre, pero casi antes de que pudiera pulsar el botón la puerta se abrió y el doctor Magallanes le tendió la mano para estrechársela. De nuevo pasaron por el angosto pasillo

que llevaría al despacho del profesor. Pablo no sabía cómo era el resto de despachos, pero tenía la impresión de estar en el más luminoso y amplio de todos. Aunque desordenado, el profesor Magallanes era el catedrático jefe del departamento y supuso que, por ello, se había hecho con el despacho de mejores vistas. Al fondo podía verse la torre sur de la catedral de Cádiz, algo más a la izquierda, las incontables torres mirador de la capital gaditana, destacando sobremanera la hermosa Torre Tavira, y girando la vista algo más a la derecha, el mar. Ese mar que invadía Cádiz por cada costado, que hacía respirar aire salino allá por donde se anduviera, un aire que quedaba en el olfato de cuantos turistas habían visitado la ciudad y no habían podido resistir la tentación de volver. Era un aroma a sal que llenaba de vida y que se hacía casi imprescindible a todo aquel que lo probaba. La ventana del despacho estaba abierta y Pablo pudo sentir esa brisa de aire mañanera que deja frescor y pureza allá por donde pasa.

No sabía cómo empezar, quería contarle al profesor cuánto miedo tenía, cuánta angustia acumulada, quería demostrarle que no estaba ante un chico inmaduro e ignorante, quería hacerle ver que se había documentado y que las innumerables horas que había estado en la biblioteca de la planta de abajo le habían valido para conocer casi cuanto conocen los estudiantes de Medicina. Pero esa soberbia, casi desconocida por él mismo, poco le duró

y después de toda una mañana conversando con el doctor llegó a la conclusión que de nada sabía. Sentía cómo la desesperación osaba invadir todo su ser y apoderarse de él de forma incontrolada, quizá hasta lo exteriorizase tanto que hizo callar al profesor. Todo ese tiempo de conversación y debate le había devuelto a la realidad, a una realidad de la que se marchó el día que se dejó llevar por los libros creyendo que la medicina era otra más de las ciencias exactas, una más en la que lo relativo no existe y lo absoluto es la piedra angular de cada diagnóstico. El doctor Magallanes se mostró siempre atento y cercano, de un modo suave y melifluo le fue introduciendo en el relativismo de la medicina, en el siempre lugar a la duda y en el espíritu crítico de cuanto amante de la cura se precie. Pablo comenzó a descubrir un mundo más apasionante si cabe, donde por mucho que había avanzado el conocimiento siempre quedaba lugar para las excepciones, las probabilidades y, por supuesto, la esperanza.

Fueron muchas las mañanas y tardes que Pablo pasó junto al catedrático Magallanes, su despacho se convirtió casi en un segundo hogar para él. Ahora ya no solía pasar tantas horas en la biblioteca, prefería llevarse los libros y leerlos en su despacho preferido del edificio Andrés Segovia. El doctor le tenía reservado un gran sillón con vistas al mar para que Pablo pudiese leer cuanto le apeteciese, habló con la secretaria para que, en caso de que él no es-

tuviera, le facilitase el acceso a su despacho. Fueron muchas semanas las que Pablo dedicó al estudio de los libros y manuales que el profesor le había indicado. Así, fue introduciéndose en el mundo de la medicina de una forma mucho más profunda y con un mayúsculo interés, más que eso, una pasión recién descubierta que le hacía tambalear los cimientos del futuro que se había imaginado. Un futuro que pasó de la enseñanza y estudio de manuscritos medievales a la praxis pura de la medicina, la aportación y uso de sus conocimientos al servicio de quienes más lo necesitaban, la transformación del sufrimiento y del dolor en la esperanza y curación.

De esta forma llegó el día de la operación, Pablo se encontraba muy nervioso, estuvo días atrás formándose sobre la misma. No le resultó fácil entender de forma más o menos comprensible en qué consistiría, aunque la ayuda del doctor le facilitó de modo sumo esta labor.

Las horas que duró el acto quirúrgico llevaron a la divagación a aquel muchacho. Desde el día que su madre le informó del cáncer no había tenido tiempo para pensar en sí mismo. Todo había sido visitas al despacho y al hospital, a la biblioteca y a la facultad, horas de estudio de estar con su madre... Cuando empezó a analizar un poco todo lo que le había pasado encontró en sí la percepción de que había algo que nunca antes había experimentado: la satisfacción que el conocimiento expresado en forma de ayuda a otra persona le podía aportar. Pa-

blo comprendió que a partir de lo que fue leyendo y estudiando, de lo que conversó con el doctor, de cuanto pudo discutir y debatir le había servido para afrontar de forma más calmada todo ese periplo de tiempo y que, gracias a cuanto le contaba, su madre se sentía mucho más segura y confiada, con la esperanza de que todo saldría bien.

Y no fue de otra manera, la operación fue un éxito rotundo según los cirujanos que la intervinieron. Una vez en la planta de hospitalización, Pablo no pudo aguardar más y aprovechó la ocasión para revelar a su madre la conclusión que había alcanzado: estudiar Medicina. Se puso en lo peor, creyó que ella le diría que eso sería perder ese año de estudio, que la filología siempre había sido su pasión, que no serviría para tratar con los pacientes, que eran muchos años de estudio que no soportaría... Sin embargo, su sospecha fue todo lo contrario a lo que ella le dijo. Raquel resumió su pensamiento en una frase: «siempre supe que la ayuda a los demás sería la clave de tu futuro, adelante». Ella le demostró que una madre es capaz de llegar más profundo de lo que su propio pensamiento era capaz, que ella sabía mucho antes de que él se lo plantease que no acabaría la licenciatura en Hispánicas, que su pasión por dedicarse a los demás quedaba lejos del estudio de aquellos textos medievales que le habían acompañado durante toda la ESO y el bachillerato, y que quedaría enfocada en la máxima entrega al necesitado: la Medicina.

De esta manera comenzó una carrera de fondo, los estudios que le llevarían al hall de la facultad horas antes de graduarse. Habían sido seis duros años en los que el esfuerzo y la constancia habían sido sus mejores compañeros. Años en los que por la situación económica de su madre, precaria e insegura, Pablo tuvo que dedicar su tiempo libre a los trabajos que le iban saliendo. Intentaba por todos los medios que no le quedasen asignaturas pendientes para septiembre y poder así disponer del verano completo para trabajar, logro que consiguió prácticamente en los seis años de carrera. Pablo trabajó de camarero, socorrista, dependiente... Tampoco podía olvidar la ayuda que le aportó el que se convertiría en su mejor amigo y confesor, el profesor Magallanes, quien se hizo cargo de comprarle cuantos libros necesitó para su estudio. Además, gracias a su enorme esfuerzo y dedicación, consiguió una beca remunerada para su último año de estudios. Esta ayuda extra le permitiría no trabajar el verano siguiente y poder así prepararse para el examen MIR.

Pablo miraba a su alrededor y veía a todos sus compañeros y compañeras mostrando sus mejores sonrisas, sus mejores vestidos y trajes, sus nervios e ilusiones. Todos salieron y posaron en las escaleras de la facultad para ser fotografiados y enmarcar este recuerdo para la posteridad. Cerca de cien alumnos que, salvando cierta competitividad propia de esta carrera, habían conseguido mantener sus lazos de amistad y apoyo hasta aquel día. Todos mostraron

sus mejores sonrisas; aquellas que recogían las ganas de disfrutar del momento, de uno de los momentos más emotivos de sus vidas, todos lo sabían y por eso no querían que nada pudiera estropearlo.

El discurso de los alumnos era, quizá, la muestra de cariño más patente y conmovedora de la noche. Pablo sería el encargado del mismo. Sus compañeros supieron desde el primer día que se ofreció para ayudar con las tareas de delegado que era la persona más idónea para el mismo. Sabían que era el único capaz de recoger las sensaciones que recorrían los cuerpos y almas de cuantos habían destinado los mismos seis largos e intensos años de estudio, sin que ninguno se sintiese apartado, haciendo que todos se reconociesen en aquel texto de despedida, que lo haría con el mismo tesón con el que durante esos años había destinado gran parte de su tiempo a ayudar a los que necesitaban de él.

Pablo subió los peldaños que le conducían al atril donde debía dar comienzo su lectura. Se permitió la licencia de mirar a sus compañeros, posó sus ojos en los de todos ellos, la mayoría ya estaban brillantes y temblorosos por lo que a continuación sucedería. Sólo una licencia más, buscar entre el público a Raquel, su madre, y a Magallanes, su padrino, la persona escogida para que aquella noche, momentos después, le entregase la beca que le condecora con el título de «Licenciado en Medicina y Cirugía». De este modo y, tras tomar un sorbo de agua, Pablo comenzó su intervención:

Muy buenas tardes a todos y todas. No soy gran conocedor en temas de protocolo, siento mucho no poder decir aquello de «Señor Decano, señores catedráticos...» pero si continúo, lo más probable será que cometa alguna falta, y no quiero que nadie se vaya de este acto con un sabor agridulce en la boca, todo lo contrario, pretendo que os sintáis cómodos y disfrutéis de cuanta ilusión irradiamos. Tampoco creo que sea lo más importante en la noche que hoy vivimos, la noche, nuestra noche. Nuestra y de todos vosotros, nuestros padres, familiares y amigos.

Permítanme que comience citando el poema sánscrito obra de Rabindranath Tagore cuya traducción se atribuye, supuestamente, a Zenobia, esposa de Juan Ramón Jiménez, y que éste usa como inicio de su libro «Diario de un poeta recién casado». Dice así:

¡Cuida bien de este día! Este día es la vida, la esencia misma de la vida. En su leve trascurso se encierran todas las realidades y todas las variedades de tu existencia: el goce de crecer, la gloria de la acción y el esplendor de la hermosura.

El día de ayer no es sino un sueño y el de mañana es sólo una visión. Pero un hoy bien empleado hace de cada ayer un sueño de felicidad y de cada mañana una visión de esperanza. ¡Cuida bien, pues, de este día!

Es este mi regalo a todos vosotros, un regalo que surge del germen que plantamos hace ya seis años y que ahora se muestra ya crecido y maduro, un regalo para nuestro propio goce, un regalo que surge de la misma esencia de cada uno de nosotros.

El goce de crecer ha sido la constante que nos ha traído hasta aquí, un crecimiento que hemos podido emprender en casi todas las facetas de la vida. Llegamos siendo casi imberbes, inocentes, meros aprendices que con los años hemos crecido a base de dificultades, aprendiendo que sólo superando los problemas seremos capaces de llegar a esta madurez. Llegando a asimilar que se aprende más con los daños que con los años, pero gozando porque a cada meta superada le sigue la gloria de la acción. Una acción, en nuestro caso la medicina, que ha sido la esencia pura de nuestro estudio, el *alma mater* de nuestra entereza, el aliciente que nos ha llevado hasta esta, nuestra última meta de esta etapa de la vida. Así, podemos ahora gozar del esplendor de la hermosura, la hermosura expresada en cada uno de vuestros rostros, los de mis compañeros y compañeras en primer lugar, compañeros de estudio que a partir de mañana lo serán de profesión, compañeros de dificultades y de propósitos. La hermosura expresada en el rostro de cuantos han participado en nuestra formación, plenamente conocedores del esfuerzo que nos ha supuesto y orgullosos de que hoy, al igual que ellos hicieron hace ya algún tiempo, podamos subir hasta donde me encuentro para recibir nuestra ansiada titulación. Y, cómo no, la hermosura en el rostro de nuestros padres y familiares, algunos desde la distancia, pero todos desde el corazón. Unos padres y familiares que han sabido apoyarnos cuando estábamos débiles y que han sabido empujarnos cuando nos quedábamos atrás. Unos padres que hoy, más que nuestros maestros e, in-

cluso, más que nosotros mismos, se sienten orgullosos y gozosos por ver cómo hemos alcanzado el propósito que iniciamos hace ya, para la mayoría de nosotros, seis años.

Hoy es un día para la celebración, pero también para el recuerdo. El recuerdo de aquellos que iniciaron su andadura con nosotros y que no han podido acompañarnos hasta el día de hoy, compañeros que por motivos económicos, de estudio o familiares no pudieron alcanzar junto a nosotros esta meta. Es también el día para recordar a cuantos encontramos en el camino, amigos y amigas que sólo ellos han podido comprender el enorme esfuerzo que nos ha supuesto llegar hasta aquí. Y cómo no, a los compañeros y compañeras que encontraron en esta andadura su otro yo, la persona con la que además de compartir estudios llegaron a compartir sus vidas. Quizá, para estos últimos, su historia sea conclusa, pero el recuerdo es perenne, por lo que estoy seguro de que, da igual cómo llegue el día de mañana, el recuerdo del ayer compartido y del ayer amado, quedará para siempre marcado en su memoria.

A partir de hoy cada uno tomaremos un camino diferente, pero seamos conscientes de que por muy lejos que nos encontremos o que nos sintamos, siempre habrá algo que nos una y es que, además de nuestra pasión, que es nuestra profesión, siempre quedaremos unidos por el recuerdo de haber caminado juntos desde que comenzamos estos estudios hasta hoy.

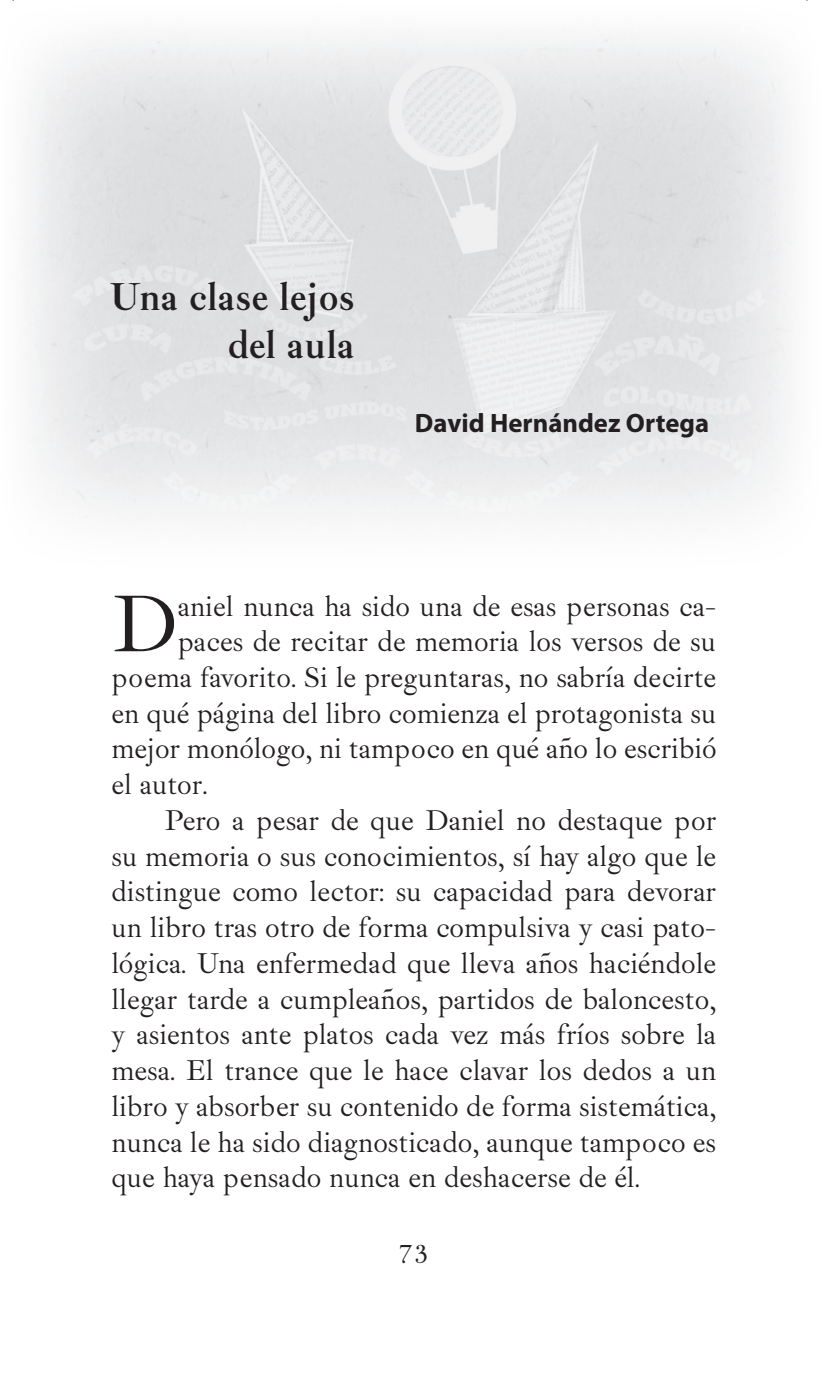
Si el ayer es un sueño, el nuestro es un sueño de unión, de fraternidad para con todos nosotros,

y si el mañana es sólo una visión, quiero que hoy tengamos todos la visión de un mañana de ilusión y de esperanza. Ilusión por poder, desde hoy mismo, ejercer nuestra pasión, y de esperanza, por tener la oportunidad de devolver a la vida a personas necesitadas de la misma. Pero además de hacer un sueño del ayer y una visión del mañana, hagamos del hoy un deseo, el deseo de que sintamos la plenitud del camino recorrido y la fantasía del que nos queda por recorrer.

Compañeras, compañeros, recordemos la ambición del ayer en los fracasos del mañana, para que de ella pueda brotar el ensueño de ver convertido el obstáculo en solución y la aspiración en realidad.

Pablo no pudo contener las lágrimas mientras volvía a su asiento y recordaba las palabras de su madre: «siempre supe que la ayuda a los demás sería la clave de tu futuro, adelante». Entonces se reconoció a sí mismo, le embargó la emoción al sentir que si por algo había merecido la pena tantos años de esfuerzo, era por conseguir aprender más de la vida, de la vida llevada a la práctica en su más puro sentido, en la vida exprimida en cada segundo, en cada instante en el que es posible extraer valores y aprender de las vivencias. Entonces fue cuando Pablo apartó todos sus recuerdos a un lado, miró a su madre, a su padrino, y sintió el empuje que ambos le aportaban para, desde aquel mismo momento, emprender aquel camino de vida que ya sólo él podía dirigir, fuera de toda tutela y ensamblaje, pero

con la certeza de que la veteranía adquirida con el paso de aquellos intensos años sería el gran valor que le llevaría a nuevas metas, nuevos logros rebosantes de efusión y plenitud.



Una clase lejos del aula

David Hernández Ortega

Daniel nunca ha sido una de esas personas capaces de recitar de memoria los versos de su poema favorito. Si le preguntaras, no sabría decirte en qué página del libro comienza el protagonista su mejor monólogo, ni tampoco en qué año lo escribió el autor.

Pero a pesar de que Daniel no destaque por su memoria o sus conocimientos, sí hay algo que le distingue como lector: su capacidad para devorar un libro tras otro de forma compulsiva y casi patológica. Una enfermedad que lleva años haciéndole llegar tarde a cumpleaños, partidos de baloncesto, y asientos ante platos cada vez más fríos sobre la mesa. El trance que le hace clavar los dedos a un libro y absorber su contenido de forma sistemática, nunca le ha sido diagnosticado, aunque tampoco es que haya pensado nunca en deshacerse de él.

No es que Daniel piense demasiado en ello. Nada de todo esto ocupaba su cabeza aquella mañana de septiembre, ligeramente distinta a las del final del verano. Distinta, porque aquella mañana Daniel comenzaba su primer curso en la universidad.

Y no había empezado bien.

El autobús que había de llevarle hasta su facultad llevaba un retraso de diez minutos, y cuando al fin llegó, lo hizo atestado de una masa grotesca e irregular de personas que se apretaban unas contra otras empañando de vaho los enormes ventanales del transporte. Daniel avanzó hacia la puerta abierta. Se hubiera persignado si recordara cómo se hacía, pero en su lugar emitió un largo suspiro, y se sumergió resignado en la corriente de humanidad que lo aguardaba, comprendiendo en el mismo instante en el que puso el pie en el interior del autobús dos cosas: una, que el cuerpo humano es un organismo maravilloso capaz de excretar un catálogo infinito de sustancias por los poros de la piel, y dos, que el acto de ducharse antes de salir de casa había sido una estupidez.

Por si fuera poco, el conductor, hombre que parecía estar en el sexto o séptimo estado de gestación a juzgar por el satélite cervicero que orbitaba alrededor de su barriga, se tomó con tal calma lo que restaba de trayecto que, una vez ante las puertas de la universidad, Daniel llegaba tarde, apestando al sudor de otros, y de muy mal humor.

Las 9:15 de la mañana. Y la primera clase, empezada. La asignatura era «Introducción a la Literatura». Y a Daniel le gustaba la literatura. Decididamente, el año no empezaba bien.

Otra persona hubiera ignorado este hecho, y se hubiera deslizado por la puerta de atrás del aula tomando asiento al final de la clase como si nada hubiera pasado. Pero Daniel tenía aversión a las interrupciones –propias y ajenas–, y con un nuevo suspiro, haciendo gala del pensamiento práctico que lo caracterizaba, decidió dejar las cosas como le habían venido dadas, y tomar un café con leche en el bar de la universidad, en lugar de perder el tiempo enfadándose por autobuses que no llegan y personas que transpiran más de la cuenta.

En la cafetería encontró a unos amigos del instituto que habían elegido un grado diferente al que él cursaba. Se sentó con ellos, y tras una charla amena pero breve, y los primeros sorbos al café caliente, Daniel se fue sintiendo mucho más relajado. Casi contento.

Tras despedirse con el pretexto de «mirar unas cosas en secretaría», se encaminó a la biblioteca de la universidad. Ya había estado otras veces allí.

Durante los años de instituto, siempre que podía, se escapaba un rato del mundo para poder leer con tranquilidad entre aquellas paredes repletas de libros. Le gustaba aquello. Le gustaba la tranquilidad de aquel retiro erudito al alcance de todos. Le gustaba incluso en épocas de exámenes. Inclu-

so con las salas llenas de jóvenes estresados, Daniel siempre encontraba una mesa, *su* mesa, apartada del bullicio y las miradas indiscretas. Una mesa donde poder leer hasta hartarse sin ser molestado o, Dios no lo quisiera, interrumpido.

Una vez dentro de la biblioteca, Daniel buceó en la estantería más próxima a su mesa. Eran las 9:50, con lo que aún le quedaban más de tres horas hasta la próxima clase, ya que según indicaba su horario, la segunda hora del lunes siempre estaría libre para él. De cualquier forma, el tiempo no le preocupaba demasiado; por lo que le habían contado, en la primera semana de clase solo tenían lugar las presentaciones de cada asignatura., y no solían durar demasiado.

Escogió un libro de lomo brillante y reluciente. Parecía poco usado y relativamente nuevo. Era una de esas sagas para personas pre, post, o eternamente adolescentes, que conseguía que incluso lectores que no recordaban la sensación del papel en sus dedos desde que sostuvieran el libro de la autoescuela entre sus manos, retomaran el –en vista de las consecuencias– quizás no tan saludable hábito de la lectura.

No es que a Daniel le gustasen, pero alguna había leído, igual que había leído alguna que otra etiqueta de champú.

Se sentó en su mesa y dejó caer la mochila –aún ligera de peso a comienzos de curso– contra la pata derecha de la misma.

Un asiento más allá, en la no tan larga mesa, un hombre de unos cincuenta y muchos subrayaba con parsimonia y elegancia unos apuntes. Ni siquiera levantó la vista cuando el joven se sentó a su lado. Joven que tampoco había reparado en su presencia hasta el preciso momento en que tomó asiento a unos metros de él.

Daniel le echó un breve vistazo antes de posar el libro sobre la mesa, pero no encontró nada especialmente notable en su recién descubierto compañero. Después de todo, sabía perfectamente que era algo bastante habitual que personas de cierta edad que no habían podido cursar estudios en su juventud por diversas razones, una vez jubilados o desocupados, tomaran la determinación de recuperar el tiempo perdido a marchas forzadas.

El extraño giró la cabeza hacia él, le sonrió cortésmente sabiéndose observado, y volvió a sus apuntes.

Daniel, previo pago de curiosidad saciada, apartó la vista de las narices de su compañero y metió la propia entre las páginas del libro.

Aquella mañana, ni siquiera se dirigieron la palabra.

Al lunes siguiente tocaba revisión médica.

Nada de importancia, pero lo suficientemente molesto y engorroso como para que perdiera media mañana, y con ella, la primera clase. Otra sesión de literatura que no contaría con su presencia. En estas, y faltando un par de horas para la siguiente cla-

se, Daniel calculó que la universidad quedaba más cerca que su casa, y que no sería mala idea pasar el rato en la biblioteca leyendo.

La misma biblioteca en la que, como la mañana del pasado lunes, su compañero de mesa subrayaba ya con tranquilidad unos apuntes.

Daniel se dirigió a la estantería contigua y escogió la segunda entrega del libro convertido en saga —¡quién lo hubiera imaginado!— que ya leyera la semana anterior. Se sentó junto al hombre y saludó con un en su justa medida audible «hola».

A Daniel, y esto era algo bastante particular, más aún teniendo en cuenta su necesidad de tranquilidad para la lectura, no le molestaba la presencia de su compañero. Aunque no sabía decir exactamente por qué.

Quizás porque aquel hombre estudiaba sus páginas en completo silencio, subrayando y leyendo sin emitir un solo sonido, como si no existiera el resto del mundo.

Pero por supuesto Daniel se equivocaba. Su compañero era mucho más consciente de su presencia —y de sus acciones— de lo que el joven podía imaginar.

Y así, tras media hora de no muy entusiasta lectura, Daniel sintió cómo un leve toquecito en su hombro derecho, propiciado por los dedos índice y anular de su hasta ahora silencioso compañero, llamaba su atención:

—Oye —le dijo el dueño de la mano, y por ende,

de los dedos— ¿De verdad te está gustando eso que lees?

Daniel le miró sorprendido, como si no supiera exactamente de qué le hablaba.

Después de la sorpresa inicial, tras meditar la pregunta un par de segundos, le contestó:

—Emh... bueno, es entretenido —dijo quitándole importancia—. Aunque la verdad es que no me entusiasma.

—Ya me lo imaginaba —asintió el hombre convencido—. No parece muy interesante. Después de todo; ¿qué interés puede tener saber si ella elegirá finalmente al mago de la luz o al caballero vampiro? —concluyó con sorna.

Daniel tuvo que hacer esfuerzos para no reírse. Después de todo, estaba en una biblioteca. Y seguro que una risotada como la que reprimió en sus labios, hubiera conllevado su expulsión y la erradicación de su nombre de todo expediente académico, con las consiguientes flagelaciones y/o torturas rigurosamente estipuladas, y prestamente aplicadas. Lo cierto es que él también lo encontraba ridículo. No solo el disparate de pensamiento que distrajo su mente, sino el argumento del libro entre sus manos.

—Vale, dicho así es una estupidez, es cierto.

—¿Y dicho de otra manera no? —sonrió el hombre.

Daniel también sonrió.

—La verdad es que se me está haciendo larguísimo —concedió—. No suelo leer este tipo de libros.

—Comprendo —dijo el extraño—. ¿Y qué tipo de libros sueles leer?

Daniel cerró el libro sobre la mesa. No parecía que la conversación fuera a acabar pronto, y de todos modos, era cierto que no estaba muy interesado en saber cómo seguía el libro. Aunque sabía perfectamente que por sus inamovibles principios literarios de no dejar nunca un libro a medias, acabaría terminándolo así se durmiera entre páginas.

—No lo sé —dijo con un leve cabeceo—. Supongo que me gusta leer cualquier libro que me cuente algo *de verdad*. Que no me deje indiferente —hizo una mueca que expresaba reflexión—. Me gusta especialmente la ciencia ficción.

—A mí también me gusta —asintió su interlocutor, complacido—. ¿Has leído *Un mundo feliz*?

—Me suena —respondió Daniel dubitativo— pero no lo he leído.

—Pues quizás deberías —dijo el hombre guiñándole un ojo—. Trata sobre una sociedad perfecta, y el precio para conseguirla. La dictadura del genoma, la esperanza de lo diferente... Ese tipo de cosas.

Daniel se limitó a asentir. Lo cierto es que estaba realmente interesado, cosa que no era extraña en él, pues solía ser muy receptivo al entusiasmo de otras personas por sus libros favoritos.

—Tengo que reconocer que suena bien.

—Quizás cuando leas ese, encuentres una lectura algo más estimulante —dijo su interlocutor levantan-

tándose—. Ahora tengo que irme. Ya me dirás qué te parece, si nos vemos otro día.

Daniel se limitó a despedirse con un leve gesto, y volvió a su libro.

Estuvo leyendo hasta poco antes de las 12:45 de la mañana.

A la semana siguiente, su compañero de mesa se ausentó, dejando más espacio a Daniel, que no obstante echó de menos la compañía silenciosa y el familiar sonido del rotulador al subrayar.

Apoyó la maleta contra la mesa, y con los brazos en jarra se plantó ante la estantería.

A ver cómo era *¿El mundo feliz?*

Tuvo que recurrir a la ayuda del ordenador de la biblioteca, pero finalmente lo encontró. Una edición de bolsillo, bastante cómoda, con un largo prefacio, y prácticamente nueva.

Se acomodó en la silla, abrió el libro, y se sumergió en sus páginas.

Entre individuos beta, copulaciones concertadas, y clases de genética, para cuando pudo deshacerse ligeramente del trance en el que estaba sumido —apenas le quedaban 30 páginas para acabar el libro— y le dio por mirar el reloj, eran ni más ni menos que las 13:05. La clase de alemán había empezado ya, y saltársela era poco recomendable. No, *ausgeschlossen*.

Con auténtica lástima, devolvió el ejemplar a la estantería —tratando de ocultarlo donde no fuera muy visible, para evitar un posible robo por parte de otro

lector inoportuno – y salió corriendo hacia clase.

«Volveré a la tarde y lo terminaré» pensó el joven mientras subía las escaleras hacia el aula, decidido a no dar respiro a aquella historia.

Una semana después, como suele ser costumbre en todas las semanas de incluir al menos uno, volvía a ser lunes.

Esta vez Daniel se había quedado en la cama recuperando algo de sueño atrasado –un concepto que él encontraba de lo más serio y científico–, y para cuando llegó a la biblioteca, el hombre del rotulador ya estaba allí, ocupando la mitad de la mesa con sus apuntes.

Eran las 10:55 de la mañana.

–Buenos días –le saludó.

–Buenos días –contestó Daniel, que trató de dejar pasar un tiempo prudencial antes de entablar una conversación, pero que fue incapaz de contenerse–. Oye; me gustó muchísimo el libro que me recomendaste –dijo entusiasmado mientras se sentaba–. ¿Te acuerdas? *Un mundo feliz*. Es una pasada. No solo por todo lo de ese mundo futurista, sino porque... es una especie de reflejo de la sociedad. De la peor cara de la sociedad. Como si nos avisara del peligro de permitir que el colectivo absorbiera al individuo –se calló repentinamente, como si hubiera hablado demasiado pudiendo quedar en evidencia–. O algo así.

–No, no; no te equivocas, es justo así –le tranquilizó el hombre–. Lo has descrito muy bien. La

buena ciencia ficción tiene siempre algún contenido social o político entre líneas –prosiguió su vecino de mesa–. Me alegro mucho de que te haya gustado.

–Bueno, gracias a ti por aconsejármelo –contestó Daniel–. Y... ya que tengo bastante tiempo libre de aquí a la 13:00 ¿alguna otra recomendación?

–¿No tienes clase en toda la mañana? –preguntó con curiosidad el hombre del rotulador– ¡Vaya suerte!

–Bueno, en realidad sí y no –dijo Daniel–. Tengo estas dos horas libres, aunque a primera hora –de 09:00 a 11:00–, sí que tengo clase –explicó–. Pero no pude ir los primeros días y... no sé, supongo que me costaría aparecer ahora... además, dicen que la clase es bastante aburrida...

–Vaya, hombre. ¿Y qué clase es?

–Introducción a la literatura.

Un brillo fugaz apareció en los ojos de aquel hombre, que estalló en un repentino ataque de risa que apenas pudo contener.

Daniel le miró extrañado.

–¿Qué pasa?

–Nada, nada –dijo él–. Es solo que tiene cierta gracia que te saltes las clases de literatura para venir aquí a leer, ¿no te parece? –prosiguió con total naturalidad–. Y además, si no has ido a una sola clase ¿cómo puedes saber que es aburrida?

–Bueno, no lo he comprobado. La verdad es que ni siquiera he visto al profesor –dijo Daniel–. Pero es lo que me han dicho. No sé.

—Bueno, tampoco te quiero agobiar —convino con un gesto conciliador su compañero de mesa—. Me temo que yo no tengo tanta suerte con mi horario como tú... Pero en fin, querías otra recomendación, ¿no?

—Claro.

—Bien, pues mira, te voy a recomendar uno de mis favoritos —sonrió su compañero—. Pero cambiamos de género, ¿te parece? —tapó el rotulador abierto que había olvidado sobre la mesa—. ¿Has leído *A sangre fría*?

—No. Pero he visto la película —contestó Daniel—. Aunque era más bien sobre el autor.

—Truman Capote, sí, un tipo bastante curioso —asintió—. Pero dudo mucho que la película fuera capaz de emular el lenguaje que el escritor usa en el libro, incluso aunque no se tratara de una biografía —dijo—. Ya verás. Seguro que te gusta.

Durante las siguientes semanas, cada lunes por un par de horas, la mesa del final de la biblioteca se convertía en el centro de una animada tertulia literaria, con Daniel y el hombre del rotulador como protagonistas, manifestando las recomendaciones de uno y el entusiasmo del otro en voz lo suficientemente baja como para que nadie más los oyera. Aunque no siempre coincidían, y su consejero literario solía llegar siempre cuando el joven Daniel ya llevaba un buen rato leyendo, era rara la semana en que la mesa al fondo de la biblioteca no estuviera ocupada.

Por ella pasaron desde Ernest Hemingway a Calderón de la Barca, además de Melville, Cortázar, Sabato o Lope de Vega, y otros muchos invitados, presentes en cuerpo y papel en cada uno de los libros que el hombre del rotulador iba recomendando a Daniel. Y a pesar de que no todos le gustaban de la misma forma, no podía decirse que las recomendaciones de su consejero hubieran errado ni una sola vez.

De hecho, el interés por parte de Daniel era tal, que algunas mañanas después de haber dejado el libro de esa semana en un paréntesis forzoso el día anterior, el ansia por seguir leyendo hacía que el joven apenas pudiera esperar para continuar su lectura, llegando antes de que la biblioteca hubiese abierto.

—¿Tan temprano por aquí? —preguntó la bibliotecaria al verle sentado junto a la puerta.

—No suelo tener clase a primera hora —se encogió de hombros Daniel—. Y tenía muchas ganas de terminar el libro que estaba leyendo.

—¿Qué era...?

—*Padres e hijos*, de Turguénev.

—Ah, sí —sonrió ella—. ¿Un enamorado de la literatura rusa?

Una mueca se deformó en sonrisa en sus labios.

—Bueno, puede ser —concedió—. Me está gustando bastante, sí.

—Te lo puedes llevar a casa, ¿sabes?

—Sí, lo sé —respondió— pero no es lo mismo. Prefiero leerlos aquí.

La bibliotecaria le sonrió sacudiendo la cabeza, mientras metía la llave en la cerradura.

—Si me lo preguntas a mí; todos los que pasamos demasiado tiempo rodeados de libros estamos un poco mal de la chaveta. Es inevitable —dijo invitando a Daniel a pasar—. Anda, entra.

Daniel sonrió agradecido —sabía que normalmente tardaban algo más en abrir entre que encendían las luces y demás—, y se dirigió hacia su mesa como poseído por el espíritu decimonónico de la tundra campesina.

—Tienes mucha suerte, ¿sabes?— oyó decir aún a la mujer, ya a varias mesas de distancia, perdida en el departamento tras el mostrador. Aunque le pareció que añadía algo más, ya no escuchó a qué se refería. Supuso que no sería nada de importancia.

El tiempo corría, y a Turguénev, que como ruso que era podía ser temible en sus silencios, no convenía hacerlo esperar.

—¿Y qué tal llevas los exámenes? —preguntó aquella mañana el hombre del rotulador después de un intercambio rápido de ideas sobre *El perro del hortelano*. Un intercambio rápido que había durado casi cuarenta y cinco minutos. Y es que Daniel, gracias al consejo de su amigo de buscar siempre las ediciones más completas, que contaran con algún prólogo o comentario crítico, además de escuchar, tenía cada vez más cosas que decir.

Eran los primeros días del mes de mayo, y el curso había pasado —metafórica y literalmente— vo-

lando, entre las alas de tapa dura de uno y otro libro. Daniel no había vivido un año más corto en su vida.

Aunque el tiempo recuperaba su funcionamiento normal en las clases de morfología.

—¿Los exámenes? Pues bien, creo —contestó Daniel—. Ya veremos.

—¿Y literatura? —preguntó el hombre del rotulador levantando una ceja.

—Mejor de lo que debería —sonrió ampliamente Daniel—. Entre la bibliografía básica y los apuntes de copistería, he hecho unos resúmenes que creo que están bastante bien. De hecho, uno de los libros lo ha escrito el mismo profesor que da la asignatura —prosiguió Daniel—. Y leyéndolo... tengo que reconocer, que quizás me equivoqué al no asistir a clase. Está muy bien escrito, y explica las cosas de una forma bastante entretenida. Y además, como casi todos los libros que son obligatorios para el examen los he leído ya aquí, no creo que tenga problemas. Me veo capaz de escribir durante horas y horas —concluyó feliz—. ¿Y tú? ¿Qué tal llevas los exámenes?

—¿Yo? —dijo riendo su compañero de mesa— igual que tú; mejor de lo que debería, sí. Aunque lo duro vendrá después.

—¿Y eso? ¿Son muy difíciles?

—Bueno, espero que no —respondió reflexivo—. Estudiando con tiempo no debería haber ningún problema.

—Tiene que ser muy duro estudiar y trabajar a la vez.

–Bueno, si quieres que te diga la verdad, uno nunca deja de estudiar, Daniel.

–Ya. Te entiendo –asintió el joven–. Yo trabajo solo los fines de semana, y ya me cuesta a la hora de coger los apuntes un domingo por la noche... –suspiró el joven.

–Te comprendo. No es fácil –asintió el hombre.

–Por cierto –le interrumpió Daniel arrugando el entrecejo–. Me acabo de dar cuenta de que en todo este tiempo ni siquiera te lo he preguntado: ¿A qué te dedicas? Quiero decir, aparte de a estudiar –dijo mientras recogía la mochila del suelo–. ¿En qué trabajas?

El hombre del rotulador miró a los ojos de Daniel, que reflejaban una enorme sonrisa que parecía largo tiempo ensayada.

–No sé si me creerás cuando te lo diga...



El libro vital

Luis Miguel Robledo Vega

«**T**odos los días son iguales, estamos programados como si fuésemos autómatas, siempre siguiendo la misma rutina». Con ese pensamiento iniciaba sus días Carlos Navas, estudiante de segundo curso de Filología Italiana. Su día a día era coger el autobús de las tres de la tarde, llegar a la facultad, dar clases hasta que cayese la noche y volver a casa con esa fatiga típica tras finalizar una larga jornada académica. Era martes, ese día había tormenta y la parada del autobús estaba relativamente lejos de la facultad, pero para Carlos la lluvia no era un problema, le servía para pensar, le gustaba sentir cómo las gotas caían por sus mejillas y cómo iba confundándose entre la gente totalmente absorto en sus pensamientos. Recordaba cómo su abuelo le decía que la lluvia era algo totalmente favorable, ya que esta impedía que se resecase la tierra, madre crea-

dora de cuanto tenemos, por lo que dicho fenómeno meteorológico no podía infundirle sino respeto.

Carlos consiguió llegar a la facultad sin demasiada dificultad. Lo primero que hizo al entrar fue limpiarse las gafas, ya que la lluvia se las había empapado privándole de una digna calidad de visión. Era primera hora de la mañana, por lo que tocaba una sesión intensiva de literatura italiana renacentista y barroca.

Carlos cruzó el pasillo que le conducía a la clase pertinente, pero cuál fue su sorpresa cuando, al llegar a la puerta, alcanzó a ver un papel pegado a esta en el que rezaba lo siguiente: «El profesor Pidal no va a poder venir debido a problemas de índole personal, la próxima semana espera reincorporarse sin demora alguna». La actual indisposición del docente indicaba que disponía de cuatro horas sin clase alguna, ya que la materia siguiente también era impartida por el profesor Pidal. La única alternativa viable era visitar la vieja biblioteca de la universidad e intentar aprovechar esas horas muertas adelantando quehaceres. La facultad estaba vacía, sórdida, oscura, como si no hubiese vida en ella. Mientras Carlos cruzaba el pasillo y trataba de llegar a la vieja biblioteca sintió un agudo dolor en la cabeza, escuchó un extraño sonido que no cesaba, se asemejaba mucho a los gritos procedentes de una turba humana, con varias voces juntas formando una masa de contaminación acústica que le taladraba más y más el pensamiento. De repente y

sin previo aviso, los ruidos pararon y dejaron libre su hasta entonces abotargada mente.

Cuando hubo llegado a la biblioteca, entró y se dispuso a sentarse, pero antes observó su entorno. La vieja biblioteca rebosaba antigüedad, conocimientos; sus libros, en perfecto orden, dejaban ver la minuciosidad con la que se organizaban las estanterías. Sin embargo, las mesas estaban sucias y empolvadas, no habían hecho limpieza aún, y no había nadie allí. Era extraño, toda la facultad presentaba un aire solitario esa mañana, quizás el clima había amedrentado al resto de seres humanos. Carlos era diferente, no se relacionaba mucho con sus compañeros y tenía un carácter más bien reservado, tenía su mundo, sus ideas y sus aspiraciones propias, y no necesitaba compartirlas con nadie más que consigo mismo y con sus padres.

Tras una minuciosa observación del entorno, se sentó en una mesa, la cercana al área de literatura norteamericana, pues solía coger numerosos libros de allí. Una vez se hubo asentado, Carlos abrió su mochila y desplegó todo el material académico pertinente para una jornada de cuatro horas de entretenimiento. Sacó un libro de oratoria romana, era una versión de *Laelius, sive De amicitia*, obra perteneciente a Cicerón que versaba sobre la amistad. Para Carlos ese concepto era algo muy relativo, pues contaba con escasos amigos aunque sí conocía bastante gente. Tras un rato sumergido en la oratoria ciceroniana y tratando de traducir complicados

textos, Carlos sintió otra vez ese dolor, y esas voces en su cabeza, esos gritos penetrantes e incomprensibles, pero esta vez todo ello se encontraba acompañado por una sensación de sueño, por una pesadez en sus párpados y por un deseo irrefrenable de entregarse por completo a los designios de Morfeo.

Carlos abrió los ojos, el texto de Cicerón seguía en la mesa, pero no sabía con exactitud cuánto tiempo había pasado desde su tiempo de descanso hasta ese instante de despertar, miró su reloj y se sorprendió al descubrir que tan solo había dormido diez minutos. Había despertado como nuevo, como si esos diez minutos hubieran sido ocho horas de sueño o más. Aunque Carlos notó algo nuevo, algo que no estaba presente allí antes de su ensoñación, algo peculiar, bueno, mejor dicho, alguien, alguien singular parado frente a la estantería de literatura norteamericana. Era un anciano, con una barba grisácea, pálido, con una larga gabardina negra y unos elegantes zapatos que hacían conjunto con la gabardina. El anciano sostenía con su mano huesuda un libro cuya cubierta era marrón, miró hacia Carlos y profirió una sonrisa. Este, extrañado, observó al anciano atentamente, y movido por un deseo irrefrenable y aparentemente inexplicable, se dirigió hacia él. El anciano se adentró en la hilera de libros que había, llegando a perderse entre estos; Carlos corrió para verlo, pero cuando llegó, el anciano ya no estaba. No entendía que había podido pasar, quizás su imaginación le había jugado una mala pasada,

quizás el anciano no estuvo ahí. Cuando se dispuso a volver a la mesa, Carlos alcanzó a ver un libro descolocado, se volvió a recolocarlo. Por una circunstancia ajena a su razón, la cubierta del libro era marrón, ese mismo marrón que se apreciaba en el libro que sostenía aquel anciano. Carlos observó el libro, cuyo título rezaba: *Narraciones extraordinarias* de Edgar Allan Poe... Parecía que la visión de Carlos tenía buen gusto en lo que a lecturas se refería, habiéndose decidido por uno de los mayores maestros de la literatura de terror y a la vez maestro de otros muchos autores posteriores.

Sin duda alguna el Romanticismo había sido una gran época para la literatura y Poe había sido uno de los pioneros en este ámbito. Carlos abrió el libro para observarlo y, amén de un abanico de polvo que le provocó un leve estornudo, de este también cayó un pequeño papel con algo escrito: «Aún debes buscar más». Carlos quedó sorprendido y tras leer el papel notó como un irrefrenable deseo por continuar recorría todo su ser. Siguió buscando por toda la biblioteca, ansioso, extenuado, impaciente, como si su vida dependiese de ello.

Tras sumergirse en la búsqueda inconclusa e infructuosa de algo que escapaba a su propio entendimiento, volvió a encontrarse con la misma visión anterior, el mismo anciano de antes, esta vez en la sección de literatura clásica griega, de nuevo. El extraño hombre volvió a adentrarse en la hilera de libros. Carlos, nervioso y movido por varios senti-

mientos desconocidos para él, corrió hacia él, pero de nuevo, esa visión, ese fantasma, había desaparecido para perderse en la oscuridad. Esta vez el libro que había quedado al descubierto era grande y parecía pesado. Carlos lo cogió. Era la *Odisea* de Homero, estaba en griego clásico, dispuesto a ser traducido por algún filólogo. De nuevo, de una de las páginas del libro cayó otro papel pequeño, esta vez se podía leer lo siguiente: «Te queda mucho para regresar a Ítaca, estás cerca pero a la vez lejos». Otra nota más, otra maldita nota, otra maldita pista inconclusa... Pero Carlos no se rendía, seguía buscando, esta vez más alterado, más frenético, como si la vida le fuese en ello. Aún no comprendía el porqué de sus acciones, qué fuerza superior le llevaba a ello. Pero no podía dejar de moverse, no podía parar, como aquella muchacha de zapatos rojos protagonista de aquel cuento de Andersen.

Pasado otro rato, volvió a ver al anciano, ahora este se hallaba sujetando un libro con ambas manos, un libro grande y pesado cuanto más. Cuando Carlos se disponía a interactuar con dicho personaje, volvió el punzante dolor y junto a él, las voces, ante lo cual, solo pudo caer arrodillado y apretar los ojos. Ese ruido, esa espantosa unión de varias voces gritando y lanzando quejidos cual plañidera, esa sensación penetrante que desintegraba el pensamiento y alimentaba el caos. Intentó abrir los ojos y lo único que alcanzó a ver fueron unos pies parados frente a él, unos elegantes zapatos marrones.

Era él... ese anciano, ese maldito espectro que, al igual que las visiones que contemplaban los atormentados personajes de Poe, le había provocado ese malestar que no hacía más que arrojarle a un mundo de locura y desesperación. Con las pocas fuerzas que le quedaban en ese instante, usó una de sus manos para agarrar al anciano por el tobillo e intentar retenerlo, pero no servía para nada, el dolor le llevaba a un sueño cada vez más penetrante. De nuevo, Carlos, cayó sumido en un profundo sueño; sueño que, dicho sea de paso, le sirvió de liberación ante ese dolor.

Carlos despertó, estaba en el suelo, nunca había tenido una resaca tras una noche de ebriedad, pero eso debía ser algo muy parecido. A su lado, próximo a él, había un libro, la cubierta era roja, lo cogió. Era el libro que había estado sosteniendo el anciano, se trataba de *El Quijote* de Miguel de Cervantes, una de las mayores producciones literarias, si no la mayor del Siglo de Oro español. Irónicamente en ese momento Carlos y Don Quijote eran muy similares, ambos locos y buscando algo imposible, nuevamente del libro cayó una pequeña nota en un papel, ahora el mensaje era el siguiente: «Tu viaje está próximo a su fin». ¿Próximo? ¿Era esa la palabra adecuada? Ese supuesto viaje parecía infinito, pero no era un viaje hacia algo, no, era un viaje hacia la locura y la destrucción de la conciencia, nada bueno podía haber en ello, su obsesión estaba aumentando y debía visitar a un médico para que su afección acabase.

Harto de la situación, Carlos decidió recoger sus cosas y abandonar la facultad, no sabía cuánto tiempo había pasado desde su reciente desmayo, pero en ese instante no le importaba, solo le importaba huir de esa pesadilla y abandonar aquella vorágine de locura en la que se estaba viendo sumido... Cuando se dirigió a la puerta, le produjo un gran estremecimiento el comprobar que esta no podía ser abierta, por lo que que no podía salir de allí. Desesperado, gritó cuanto pudo pero no le sirvió de nada, nadie acudía en su ayuda, un nudo en la garganta le hizo deshacerse en su agonía. Durante su sufrimiento se le vino algo a la mente... ¡El anciano! ¡Él era la clave!, únicamente ese siniestro vejestorio podía sacarle de allí, ese ser culpable de todo cuanto le rodeaba en ese momento. Ahora a su desesperación se le había unido un sentimiento de ira. Saldría de allí aunque tuviese que arrancarle las entrañas a ese anciano. Carlos se encontraba totalmente enajenado y víctima de su propia locura, como Don Quijote, o como los personajes de Poe, pero esta sería su salvoconducto, permitiéndole escapar de ese infierno disfrazado de biblioteca y llegar a esa ansiada Ítaca.

Carlos aumentó su afán de búsqueda y removió cada trazo de la biblioteca, cada rincón, por más pequeño que fuese y por más oculto que este se hallase. Durante ese tiempo tuvo un instante de reflexión... ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué? ¿Cómo habían podido las cosas torcerse de ese modo?

¿Qué le había llevado a esa situación? ¿Y la lógica, y la razón? ¿Y si aún no se había despertado y todo era un sueño provocado por la noche tormentosa o por una mala digestión de la cena?... Pero no, todo era demasiado real, aquí y ahora... Mientras todo se revolvía a su alrededor, Carlos escuchó una risa, como si alguien se mofase de él desde alguna parte, dirigió su vista a diversos lugares hasta que dio con él, el anciano, ¡ese maldito anciano!... ¿Y si era el mismísimo demonio que había ido a visitarle? ¿Y si el infierno se hubiese abierto en la biblioteca? Sin detenerse en dubitaciones y contemplaciones, Carlos se dirigió al anciano, que se hallaba sentado en una silla, con un libro sobre la mesa. Este, al verle, sonrió, sus dientes eran amarillentos, aparentemente putrefactos y faltos de higiene, tras lo cual, se levantó y se dirigió al sótano. Carlos se detuvo antes de ir a por el anciano, y observó el libro, era *La Divina Comedia* de Dante Alighieri. Casualmente esta era otra de las obras favoritas de Carlos, siempre le había apasionado ese libro, uno de los mejores referentes que había tenido sin duda alguna. Disfrutaba visionando en su mente a Dante recorriendo el infierno en busca de su amada.

Ahora mismo él no era Carlos Navas, no, era una miscelánea de varios personajes. Era Ulises, era Dante, era algún protagonista de los psicológicos relatos de terror de Poe y era Don Quijote. Todos ellos personajes atormentados. Por un momento, Carlos le vio cierto tono de humor al asunto, le cau-

saba diversión pensar que alguien algún día escribiese una novela versando sobre él: *La infructuosa búsqueda de Carlos*, o *Carlos y el infierno...* O mejor aún si cabía... podrían escribir un poema épico. Estas, eran ideas disparatadas, pero no imposibles, pues en la actualidad se puede hallar literatura de temas variopintos.

Como en las veces anteriores, al abrir el libro, saltó a la vista un pequeño papel con una anotación, encontrándose escrito lo siguiente: «Un paso más y tu búsqueda habrá finalizado». ¿Era una broma de aquel miserable anciano? ¿Acabaría por fin ese juego tan enrevesado en el que se había visto envuelto?... Por un instante, Carlos sintió dudas, pero rápidamente se armó de valor y decisión y bajó al sótano a acabar lo que quisiera que hubiera empezado.

Con paso firme, Carlos bajaba los escalones de ese angosto sótano, escenario perfecto para cometer un crimen, para meditar, para que dos amantes diesen rienda suelta a sus instintos... Finalmente llegó a la parte más baja de la facultad, el subsuelo, el Inframundo, a donde sus pasos le habían conducido. Apenas había luz allí, todo se veía inundado por una sombra certera que proyectaba inquietud y desazón. De repente, Carlos tropezó con algo y cayó, se levantó fácilmente tras la caída y recogió aquel objeto que había propiciado su tropiezo. Nuevamente un libro, probablemente dejado a su suerte por el enigmático y oscuro personaje causante de

todo eso. Carlos echó un vistazo al libro, tenía una cubierta blanca y dura al tacto y no tenía título alguno, cosa que sorprendió a Carlos, pero aún más le sorprendió el abrir dicho libro, pues este carecía de letra alguna en su interior, estaba totalmente vacío... Para mayor sorpresa, Carlos notó que alguien le observaba, se giró y vio a aquel a quien había ido a buscar, por fin, después de ese amargo viaje, de esa mortal espera, se encontraba delante de su peor enemigo hasta el momento, del verdugo que le había condenado a esa agonía en la que se hallaba inmerso... El anciano sonrió nuevamente, dejando ver su horrible boca y sacó algo de su gabardina, Carlos se hallaba inmóvil, no era capaz de articular palabra alguna, algo en ese hombre le impedía moverse. Todo apuntaba a que sus dudas eran ciertas, se hallaba frente al mismísimo Mefistófeles que había salido del infierno para atormentarle... Carlos apartó la vista hacia el objeto que había sacado el villano de la que estaba siendo su historia, era una pistola, plateada y reluciente, prácticamente hipnótica. El siniestro personaje le encañonó mientras profería un gesto que indicaba una disposición a iniciar un acto comunicativo: «Vaya, veo que has llegado al final de tu viaje, ahora es hora de que yo, personalmente, te lleve a tu destino, Carlos Navas»... ¿Cómo demonios podía saber el anciano su nombre? ¿Quién era? ¿Qué significaba todo lo que había dicho? ¿Realmente estaba pasando? Para empeorar más aún si cabe la situación, el dolor y las voces

volvieron a la cabeza de Carlos y cayó de rodillas mientras su verdugo seguía apuntándole. Pero todo tenía un lado positivo, pues su sufrimiento acabaría cuando aquel malnacido apretase el gatillo. Todo sería más fácil, quizás no fuese protagonista de un libro como pensó antes, pero sí que sería protagonista de un periódico, en la página de sucesos y en la sección de necrológicas... Al aumento de dolor se unió el sonido de un disparo y un fuerte destello, tras ello, la más plena oscuridad...

Carlos abrió los ojos aturdido, se encontraba en la cama de una habitación totalmente blanca, con una goma en su nariz, varias gomas más en sus brazos y una máquina que mostraba su encefalograma. Le dolía todo el cuerpo, como si una estampida de animales salvajes le hubiese pasado por encima. Aunque en la cama de al lado se encontraba un hombre de mediana edad cuyo aspecto era muchísimo más desfavorable, presentando indicios de una muerte próxima.

De repente, Carlos escuchó cómo la puerta se abría, pudo observar la figura de un doctor y junto a él la de sus padres. Ambos se arrojaron llorando hacia él. «¡Es un milagro hijo mío!» «¡Tu madre y yo temíamos perderte!» El doctor se mostró sorprendido y pidió a los emocionados progenitores que permitiesen descansar al enfermo. Carlos estaba extrañado ante toda esa situación, pero en ese instante tan solo deseaba descansar, ya que, para él, haber estado en coma había sido toda una odisea...

Al día siguiente Carlos se despertó con una buena noticia, se estaba recuperando favorablemente y en dos días recibiría el alta médica. Tomó un vaso de agua para poder articular palabra y preguntó a sus padres sobre lo ocurrido. Estos le dijeron que había pasado una semana entera en coma debido a que había sido atropellado mientras se dirigía a la facultad durante un día de lluvia. El conductor del vehículo había perdido visibilidad e iba a demasiada velocidad, por lo que el golpe había sido bastante fatídico. También le comentaron que los testigos del accidente se habían escandalizado bastante, y que había tenido lugar un gran revuelo en la escena, ya que pensaban que había muerto, pues se hallaba en el suelo, con los ojos en blanco y yaciendo sobre un charco de sangre, imagen que indicaba un desenlace trágico.

Pero por suerte, o por cosa del destino, Carlos no había muerto, pues, gracias a la eficacia de la asistencia médica, pudieron lograr que este recuperase las constantes vitales y posteriormente, trasladarle al hospital, añadiendo que su diagnóstico era bastante precario y que temían que no saliese con vida de ello. Carlos se sintió aliviado y sonrió, todo había acabado, tan solo había sido una pesadilla, había sobrevivido al accidente y en breve volvería a hacer su vida con total normalidad.

Quizás ese extraño infierno onírico en el que se había visto sumido le sirviese de inspiración para escribir sobre ello. La sonrisa de Carlos se acre-

centó, pues era grato saber que tanto sufrimiento y tanta desesperación podrían aportarle algo positivo. Un rayo de luz iluminaba la oscuridad en la que se había visto anteriormente sumido.

Esto le sirvió también para ver que su luz durante esa pesadilla había sido la literatura, ella no le había abandonado, pues al igual que Virgilio acompañaba a Dante en su viaje por el infierno o al igual que Sancho Panza acompañaba a Don Quijote durante sus disparatadas andanzas por Castilla, había sido la literatura su compañera fiel y su escudera a lo largo de toda la aventura vivida; esta había sido la que le había aferrado a la vida, más que el apoyo de sus padres y las numerosas asistencias por parte del personal sanitario. Gracias a Poe, a Cervantes, a Homero y a Dante. Ellos habían sido el personal sanitario necesario para ayudarlo. Definitivamente el pensar en todo aquello que le quedaba por leer, en todo aquello que le quedaba por descubrir, pensar que su mente aún debía enriquecerse y nutrirse de conocimientos mayores, había facilitado con creces su salvación, pues es la sabiduría sinónimo de felicidad.

Para amenizar la espera, Carlos pidió a sus padres que le trajesen algún libro. Pasados unos minutos su padre llegó con un libro en la mano: «Aquí tienes, para que te distraigas, encontré este libro en tu mochila, el resto son apuntes y creo que en tus condiciones actuales no deberías tocar los temas académicos. Espero que esto te sirva para

distraerte, tu madre y yo estaremos en la cafetería». Tras decir esto, dejó el libro sobre la mesa. Carlos lo cogió y lo que hasta hacía unos minutos era una expresión satisfactoria, tornó en aterradora... El libro era blanco y de pasta dura... igual que el de aquel anciano... aunque esta vez tenía un título: *El libro vital*... Carlos lo abrió, mientras una sensación de horror y un mal presagio se hacían con el control de todo su ser. Sus peores temores se habían hecho reales, pues con espanto comprobó que no existía letra alguna en él, excepto en la primera página que rezaba lo siguiente: «El verdadero viaje no ha hecho más que comenzar Carlos, pero esta vez serás tú el que lo complete».



Universidad
de Cádiz

Servicio de Publicaciones